

---

---

# 이범선 - 오발탄

---

---

UNA BALA PERDIDA

---

---

L E E B E O M S E O N

© Korea Copyright Commission. 본 번역물은이법선 작가의 저작권을 관리하는 대한민국 저작권신탁관리단체인 (사)한국복제전송저작권협회와 적법한 계약에 의해 번역하였습니다

© Esta traducción fue traducida bajo un contrato legal con la "Korea Literature, Academic Works and Art Copyright Association", asociación que administra los derechos de autor de Lee Beomseon.

© La presente edición ha sido editada y publicada por el Área de Estudios de Asia Oriental de la Universidad de Málaga y UMA Editorial.

© Traducción « Una bala perdida » Luis A. Botella, Eun Kyung Kang, Elena Hernández, Cecilia Leiva, Ana Isabel Gómez, Juan Luis Aguayo, Rafael Prieto Hinojosa, María Vera Nieto, Tamara Lozano Barbera, María Navas García, Cristina Flores Sánchez, Carmen Segura Gómez, Lucía Martín Pérez, María Mora Medina, Laura Fuentes Quiros, Paula Recio Romero, Mónica Gamiz Cruz, Laura López Salmeron, Sara Fernández Ramos, Esther Andrade Pérez, María Domene Moreno, Ángeles Grillo Benito, David Andrades Sánchez, Alberto González Ruiz, Cristina Jaime Torres, Raquel Lara Cuevas, Cristina Macías Nuñez, Qiuyao Zhang, Alberto Pérez Sánchez, Elena Trespalacios Molina, José Enrique García Godínez, Reyes Marín Beatriz.

Editores: Antonio J. Doménech, Patricia Chica.

Introducción: Luis A. Botella, Eun Kyung Kang.

Revisión de textos: Angelina Guitérrez, Estrella Vivas, Daeun Eo.

Ilustración de portada, diseño y maquetación: Juan M. Mateos Delgado.

ISBN: - pendiente-

Depósito Legal: - pendiente-

La traducción, impresión y maquetación de esta obra cuenta con la financiación del Programa de Innovación Educativa de la Universidad de Málaga (PIE 19-188)

« Una bala perdida » es un relato de obra del escrito Lee Beomseon. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

Esta publicación se ofrece como obsequio sin valor comercial, por lo que queda prohibida su venta, alquiler o uso con fines lucrativos.

---

이범선 – 오발탄

---

UNA BALA PERDIDA

---



# ÍNDICE

---

---

1. Introducción.	9
2. «Una bala perdida».	29
3. «오발탄».	67



## 1. Introducción.

### **La posguerra en Corea del Sur: los orígenes de una tragedia nacional**

La década de los cincuenta en Corea del Sur están marcados por el trauma de la división nacional, la Guerra de Corea (1950-1953) y la pobreza. Una bala perdida, como obra literaria, está inserta en la literatura de posguerra, siendo fuertemente influida por el contexto un contexto social producido bajo los traumas del periodo colonial y la Guerra Fría. Tras treinta y seis años de dominación colonial (1905-1945), siete de ellos participando como sujetos coloniales en una guerra total con China (1937-1945), la sociedad coreana acumuló fuertes tensiones dentro de la sociedad coreana que la Liberación no pudo resolver. Esta obra se produjo en la intersección entre el colonialismo, la Guerra Fría y los deseos por mejores condiciones de vida y modernidad.

El gobierno colonial, fuertemente opresivo durante el periodo inicial de la colonia, alentó los deseos colectivos por la independencia, terminando por expresarse en el movimiento del 1 de marzo de 1919 con una declaración expresa por ella. A partir de ese día y hasta el verano miles de coreanos se manifestaron, a pesar de la fuerte represión policial del gobierno colonial, por la independencia. La presión internacional ante la brutalidad de la represión, hizo que el Imperio Japonés iniciase una nueva política de gestión colonial bajo el lema de nisen yuhwa, armonía entre Japón y Corea. El gobierno colonial implementó un modo de gestión que más aceptable para la población, pero sin perder en ningún momento el control policial o militar en la península. Esta nueva política implicó una serie de reformas dirigidas a aflojar el férreo control sobre la sociedad a cambio de aumentar el consenso en la península para aceptar el gobierno colonial.

Saito Makoto, nuevo gobernador-general de la colonia nombrado para reconducir la situación tras 1919, inició un proceso de negociación y de acercamiento a los elementos más moderados del sector nacionalista, así como a intelectuales y líderes religiosos. Su intención fue la de construir un espacio más flexible en donde se permitiese un mínimo grado de protesta política por parte de los sectores coreanos, pero en donde a la vez, de forma implícita se animaba a la colaboración con el gobierno colonial. Algunas de las reformas que se emprendieron en este sentido fue el cambio de la ley de publicaciones, organizando la censura tras publicación y la flexibilización en el registro de nuevas empresas, dando como resultado la proliferación de la industria editorial y por tanto de la literatura coreana. De hecho, periódicos emblemáticos de Corea del Sur hoy como Dong-A Ilbo o Choson Ilbo tuvieron su nacimiento en aquel momento. Otra de las reformas facilitó la organización de asociaciones, siendo la puerta de entrada para la incipiente organización política dentro de la península. En 1920 había 985 organizaciones registradas en la Policía, pero dos años más tarde había casi 6000. A pesar de estas políticas, el gobierno colonial amplió su control social por medio del incremento de policías en la península y el establecimiento de una Alta Policía, encargada del control político en la península con actividades relacionadas con la censura, vigilancia, control del pensamiento y contraterrorismo como funciones principales.

El nuevo clima de libertad política que se experimentó en la península coreana durante la década de los años veinte coincidió con el desarrollo de una economía capitalista en la península, desarrollando sectores de la industria ligera y relacionando la producción del arroz a los mercados internacionales de grano. Estas nuevas actividades económicas también fueron abiertas, aunque con ciertas reticencias a los sectores potentados coreanos que pudieron empezar a reinvertir sus ganancias agrícolas en otros sectores económicos. El incremento de la desigualdad social fue abriendo espacio para nuevos discursos sobre los que organizar la protesta política y que se fueron cuestionando la unidad de intereses para todos los miembros de la nación coreana. Como resultado las fuerzas nacionalistas fueron organizándose de acuerdo a intereses de clase que facilitó en cierto sentido la gestión colonial por dividir al frente nacionalista. Los sectores conservadores del movimiento nacionalista animaron actividades de auto-fortalecimiento dentro de los límites del régimen colonial, englobándose en lo que se ha conocido como el nacionalismo cultural, responsable de las campañas por la promoción de productos locales o la campaña por el establecimiento de una universidad, así como extensas iniciativas centradas en educación. Otros sectores más radicales buscaron opciones en ideas socialistas y comunistas, infiltrándose en asociaciones para operar dentro de la península coreana. El resultado fue la organización a lo largo de la década de un sector comprometido con la causa nacionalista pero dentro del sistema permitido por el gobierno colonial, y otro que consideraba dichas tácticas como acomodaticias e inútiles para la consecución de la liberación nacional. Aunque surgieron intentos por unificar todos estos grupos pro-independencia, como la creación de la Singanhoe en 1927, las tensiones sociales y las diferencias entre los grupos sobre la estrategia política a seguir eran demasiado grandes y no prosperaron. De hecho, la Singanhoe se disolvió en 1931.

Esta década vio reflejada en la literatura las opciones políticas arriba mencionadas, con un grupo de escritores que buscaba utilizar la literatura para reflejar las tensiones de la sociedad coreana y otro más interesado en los debates estéticos y la creación artística en sí misma. La Federación Proletaria de Artistas Coreanos es un buen ejemplo del uso de la literatura para resaltar los crecientes problemas de clase e ideas como la dialéctica histórica o la

posibilidad de la revolución de clases. Este grupo fue organizado en relación con el Partido Comunista de Corea en 1925 y agrupó a más de 200 intelectuales por toda la península como el novelista Ri Ki-yong (1896-1984). Por el contrario, hubo toda una generación de autores que siguieron a Yi Gwang-su (1892-1950) y su ensayo Tratado sobre la Reconstrucción Nacional o se centró en los problemas estéticos de la creación, aunque no dejen de mirar a los problemas sociales del momento, como Kim Dong-in (1900-1951) o las publicaciones de revistas como Marea Blanca (Baekjo).

La deriva fascista del Imperio Japonés durante la década de los años treinta intentó solventar las tensiones sociales en el Imperio animando el proyecto imperialista japonés de expansión sobre la China continental. Para ello, forzó, por una parte, un mayor grado de participación de la sociedad coreana en el mismo, pero a la vez, posibilitó mayores oportunidades de desarrollo dentro de los límites del Impero. Este nuevo plan expansionista situó a la península en un nuevo estatus por su situación geográfica, configurándose durante esta década como la plataforma sobre la que apoyar la conquista de Manchuria primero y el resto de China después. Esto tuvo un efecto importante en distintos proyectos industriales en la península, aumentando el número de trabajadores industriales, de 384.951 en 1931 a 1.321.713 en 1943. La situación en el campo continuó deteriorándose a marchas forzadas el acceso a la tierra para los campesinos sin propiedad cada vez más costoso, lo que forzaba a mayor número de población hacia formas marginales de cultivo como la tala y quema. Para 1936 había unas 300.000 familia dedicadas en dicho tipo de cultivo, un incremento del 300% con respecto a 1916, y las disputas rurales registradas por el gobierno colonial pasaron de 667 en 1931 a 7.544 en 1934. A la vez, el gobierno colonial exigió cada vez una mayor participación en el proyecto imperial. Esto resultó especialmente requerido para los empresarios y líderes sociales e intelectuales de la sociedad coreana, teniendo que hacer, en ciertos casos, incluso demostraciones públicas de su adhesión al Imperio Japonés. De esta forma, las tensiones sociales dentro de la sociedad coreana se fueron acumulando a lo largo de las relaciones de socio-económicas, entre una élite explotadora y una masa trabajadora explotada. Pero también se estaban formando a lo largo del apoyo al Imperio Japonés con una élite muy cercana al sistema colonial japonés.

La literatura coreana sufrió estos cambios en el gobierno colonial en primer término. Conforme el sistema colonial se imponía de forma más creciente en la vida cotidiana de las personas, se redujo el espacio de libertad de los años veinte y principio de los años treinta. Entre 1936 y 1945 se consolidó una nueva etapa en la literatura coreana centrada en el individualismo y la alienación. El fuerte control social ejercido desde el Imperio impedía o dificultaba enormemente expresiones literarias combativas contra el imperio. En la península coreana, estas limitaciones crearon un espacio donde autores como Pak Taewon (1904-1986) y su *Soseolga Kubossi uiril* (Un día en la vida del escritor Kubo) o Yi Sang (1910-1937) y su *Nalgae* (Alas) asentaron la corriente modernista con narraciones construidas a partir del monólogo interior como herramienta con la que describir la creciente distancia entre sus protagonistas y la sociedad colonial del momento.

La situación fuertemente militarizada y que terminó en la movilización total de la población coreana mantuvieron todas esas tensiones contenidas y sin que pudiesen resolverse. La Liberación en 1945, por fin, dio pie a la alegría contenida por la recuperación de la libertad tras 36 años de gobierno colonial, pero por desgracia esa libertad pronto se truncó por la dura realidad de la división nacional. La lógica de la Guerra Fría pronto impuso las condiciones sobre las que decidir el futuro político de los coreanos. Elementos centristas como Yeo Unhyeong (1886-1947) en Seúl, o Cho Mansik (1883-1950) en Pyeongyang, intentaron llenar el vacío de poder tras la rendición japonesa, pero pronto se vieron superados por políticos en los extremos políticos. Syngman Rhee (1875-1965) volvió desde EE.UU. y logró imponerse frente a sus competidores políticos en el arco conservador en Corea del Sur acaparando todo el apoyo estadounidense. En el Norte, Kim Il Sung, que volvió acompañando a las tropas soviéticas desde el Norte, pudo hacer otro tanto a pesar de la presencia de otros individuos con apoyo soviético o del Partido Comunista Chino. En el contexto de la repatriación de la población movilizada en el esfuerzo de guerra japonés y desmantelamiento del aparato represor colonial junto al apoyo de las dos superpotencias, los mensajes políticos dominantes en el Norte y en el Sur se alinearon claramente en la política de bloques de la Guerra Fría, a la vez que se intentaba eliminar cualquier otra opción interna.

La situación social general provocada por la repatriación de varios millones de coreanos movilizados por el esfuerzo de guerra japonés junto a la liberación de todos los presos de las cárceles coloniales creó un clima político muy volátil y donde la violencia social fue creciendo. La división de la península y la ocupación por parte de la URSS en el Norte y EE.UU. en el Sur, no significó en los primeros momentos la imposición de fronteras impermeables. De hecho, la línea divisoria se mantuvo abierta a los ciudadanos, permitiendo una cierta relocalización de la población conforme a la posición social o ideología, aunque en muchos casos fue forzada por las circunstancias y a un gran coste personal y emocional por abandonar sus lugares natales. Uno de esos emigrantes fue de hecho Lee Beomseon, quien en 1946 tuvo que abandonar Corea del Norte ante el peligro de ser declarado enemigo del pueblo, pues en la mitad norte, los líderes procomunistas con apoyo de la URSS promovieron la identificación y condena de los elementos de la sociedad colaboracionista y terrateniente. De hecho, el estado norcoreano se construyó sobre la identificación del nivel de apoyo al nuevo régimen, quedando los colaboradores y sus descendientes señalados como elementos hostiles al régimen. En el Sur, las élites sociales, bajo la protección del gobierno militar estadounidense, llevaron a cabo una campaña de control de los elementos comunistas, progresistas y moderados incluso, mientras se permitía a los elementos conservadores y colaboradores continuar con su posición de poder. En estas campañas, grupos paramilitares de jóvenes formados por partidos conservadores y bandas criminales fueron elevando el clima de violencia social, llegando incluso a asesinar a los rivales políticos, fuesen individuos cercanos a posiciones comunistas, centristas o de otros grupos conservadores.

Este clima de tensión social terminó por explotar a raíz de la declaración de una votación auspiciada por la ONU en la que se elegiría un gobierno para Corea, pero en la que no participaría el Norte. Líderes sociales de la isla de Jeju llamaron al boicot de tal política, promoviendo la abstención y aumentando la tensión con la policía destacada. Finalmente, esta tensión explotó en la forma de protestas sociales en 1948 y que fueron identificadas por el gobierno de Seúl como procomunistas. A partir de entonces se llevó a cabo una fuerte represión con asesinatos sumarios por parte del gobierno. Como consecuencia directa, las hubo un alzamiento en Yeosu por parte de

las tropas coreanas que iban a ser embardas para tomar parte en la represión de Jeju, detonando una revuelta generalizada en la provincia de Jeolla. Estos eventos contribuyeron a que en el gobierno se convenciese del peligro representado por elementos procomunistas en el Sur y la necesidad de su control y eliminación. El gobierno vio justificado a ojos públicos un fuerte discurso anticomunista que vertebró la legitimidad del estado durante gran parte de la segunda mitad del s.XX, apoyado por los eventos y la memoria de la Guerra de Corea.

El inicio de la Guerra de Corea en 1950 significó la victoria de los elementos más intransigentes en cada una de las mitades de la península y la consolidación de la división. El rápido avance norcoreano durante los primeros meses de la guerra en el verano de 1950 y ante el desmoronamiento de la resistencia en el sur, permitió que en el gobierno de Syngman Rhee estuviese arrinconado en el perímetro defensivo de Busan, con duros combates en los frentes de Daegu, Masan y Pohang. No fue hasta el arriesgado plan de MacArthur de lanzar un contraataque anfibio en Incheon en septiembre de 1950 que la presión sobre Busan se alivió y pudo posteriormente retomarse la capital, Seúl. La nueva fase de la guerra permitió mover el frente al norte y tomar grandes áreas de la mitad norte de la península durante el otoño de 1950, pero también preocupó a la República Popular de China. El curso de la guerra dirigida por MacArthur terminó por convencer al gobierno chino de la necesidad estratégica de participar, lanzando en la campaña al Ejército Popular Voluntario, clave en la devolución del frente al paralelo 38°. El ejército comunista logró tomar Seúl una vez más antes de que las fuerzas de la ONU lideradas por EE.UU. lograsen consolidar el frente al norte de la capital de Corea del Sur hacia principios de 1951.

El fin de la guerra y la firma del armisticio en 1953 dejó un país arrasado y una sociedad traumatizada. La guerra dejó millones de desplazados por la guerra, ya fuese por motivos ideológicos o económicos en medio de un clima político radicalizado por los efectos de la guerra. Además, la presencia de guerrillas comunistas en la mitad sur incluso tras la firma del armisticio mantuvo muy presente en la sociedad la tensión, hasta el punto de justificar el autoritarismo del gobierno su fuerte discurso anticomunista. Este clima

hizo que la recepción de las tropas americanas en la península fuese presentada de forma positiva y remarcando su papel de salvadores de Corea del Sur frente al comunismo. Como resultado, el gobierno surcoreano accedió a mantener bases americanas en suelo coreano, situándose una de ellas en el campamento militar de Yongsan, en las inmediaciones de Seúl, quedando pronto por la expansión urbana en el centro de la ciudad. Sin embargo, estas tropas no dejaban de ser un ejército acantonado en el centro de Seúl, creando todo tipo de situaciones. Las bases americanas fueron tanto centros de influencia cultural, especialmente sensible en la historia de la música surcoreana, como focos de problemas al atraer prostitutas y todo un conjunto de contrabandistas dispuestos a distribuir bienes de las bases entre la población.

La división de la península tuvo también fuertes consecuencias económicas para Corea del Sur. El 80% de la industria pesada, el 76% de la minería y el 92% de la generación eléctrica en el Norte, el sur contaba con la industria ligera del país y el sector agrícola como únicos puntales desde los que reconstruir la producción económica. Durante los años posteriores al armisticio el crecimiento económico surcoreano estuvo entre el 4% y el 5% del PIB anual. A pesar de tal crecimiento, el punto de partida era tan bajo que la situación cotidiana de los ciudadanos no sintió una mejora perceptible, siendo además la mayoría resultado de la ayuda humanitaria y al desarrollo aportado por EE.UU. Esta situación hizo de la vida diaria durante los años cincuenta una lucha constante para muchas personas y familias que debían gestionar.

Tanto la Guerra de Corea como su posguerra fueron elementos fundamentales para la literatura coreana, siendo el elemento político nada menor. Los gobiernos, tanto en el Norte como en el Sur, vieron desde muy pronto la literatura como otro medio con el que combatir al enemigo. El Sur organizó a sus escritores para producir historia que animasen a la población y la convenciesen de apoyar al gobierno surcoreano en la guerra civil. Si bien la calidad literaria de estos relatos no fue excepcional, salvo algunas excepciones, mantuvo a escritores en activo, permitiendo que tras la guerra la actividad literaria pudiese retomarse rápidamente.

La característica más importante de la literatura inmediatamente de posguerra fue la gran carga ideológica presente y que planteaba problemas a la hora de considerar el tema de la división. Esta carga permitirá que escritores conservadores promocionen una literatura centrada en el individuo y en la exploración psicológica de sus personajes, promocionando una cierta “mentalidad de víctima”. Uno de los representantes de esta literatura, en incluso de sus promotores por su papel central en la literatura del momento, fue Kim Tongni (1913-1995) y obras como *Heungnam cheolsu* (*La Retirada de Heungnam*, 1955). En este contexto, hacia finales de los años cincuenta se estableció una literatura de acusación centrada en destacar los problemas de la sociedad del momento a partir de lo absurdo. Es dentro de esta corriente, que intenta renovar la literatura del momento, que encontramos a escritores como Lee Beomseon y su obra *Una bala perdida*.

## **Lee Beomseon y *Una bala perdida* en la literatura surcoreana de posguerra**

La firma del armisticio no solo aplazó sine die la firma de la paz definitiva, también dejó múltiples heridas abiertas en la sociedad de Corea del Sur sin posibilidad de cura. *Una bala perdida* usa este momento como ambiente para plantear una mirada sobre los refugiados norcoreanos en el Sur y a la marginalidad asociada a su vida cotidiana, planteando preguntas sobre los límites de la nación, incluso.

Lee Beomseon (1920-1981) nació en una familia acomodada de Sinanju, en la provincia de Pyeongnam.<sup>1</sup> Esa circunstancia le permitió estudiar e incluso trabajar para una unión de créditos durante el periodo colonial. Tras la Liberación en 1945, emigró al sur con su familia, pues como terratenientes, la reforma agraria del gobierno norcoreano les señaló rápidamente como

---

<sup>1</sup> Para una biografía y revisión a la obra de Lee Beomseon ver la entrada de la Biblioteca Digital de Literatura Coreana: LTI Korea, “Lee Beomseon”, Digital Library of Korean Literature, <https://library.ltkorea.or.kr/writer/201321> (Accedido 12/12/2021).

enemigos del pueblo. Allí se graduó en 1949 por la Universidad Dongguk en literatura coreana, encontrando trabajo posteriormente como instructor en varios institutos. Posteriormente y ya como escritor pasó a dar clases en varias universidades como la Universidad de Arte Soreabol y la Universidad Hanguk de Estudios Extranjeros.

En 1955 hizo su debut literario por recomendación de Kim Tong-ni (1913-1995) cuando publicó en Hyundae Munhak (현대 문학) dos historias cortas, Ticket Ilegal (암표) y Domingo (일요일). Su fama y carrera como escritor quedó consolidada con la publicación de Los habitantes del pueblo Grulla (학마을 사람들) en 1955, Gaviotas (갈매기) en 1958, y Memorias de mi Evacuación (난 피난기) y Una bala perdida (오발탄) en 1959. De hecho, esta obra consiguió una adaptación cinematográfica en 1960 de la mano del director Yu Hyun-mok, convirtiéndose en un clásico del cine coreano. El éxito de recepción de estas obras estuvo evidenciado con el premio de Literatura Contemporánea al escritor novel en 1958 por Gaviotas y el premio finalista del Premio de Literatura Dongin en 1959 por Una bala perdida. Posteriormente Lee continuó escribiendo tanto historias cortas como novelas, entre las que destacan las novelas El cactus bailarín (춤추는 선인장), publicada en 1966-67, y Memorias de un Cuervo blanco (흰 까마귀의 수기, 1979), una novela fuertemente autobiográfica.

Una bala perdida se encuadra dentro de la corriente de la literatura de denuncia realista de finales de la década de los años 50. La historia narra por medio del personaje principal, Song Cheolho, las dificultades de una familia norcoreana emigrada al Sur antes de la Guerra de Corea. A las dificultades económicas de la familia por el exiguo salario de Cheolho, la familia debe hacer frente a la enfermedad mental de la madre de Cheolho, la incapacidad de su hermano. Yongho por encontrar trabajo tras su herida de guerra, y el embarazo de su mujer. Las dificultades son tales que para sacar adelante a toda la familia, incluida la hija de Cheolho, la hermana de Cheolho, Myongsuk, debe emplearse como prostituta para los soldados americanos. Finalmente, la historia nos muestra cómo, a pesar de los intentos de Cheolho por sacar a delante a su familia, éste fracasa en prácticamente todos los frentes al rendirse ante la locura de su madre, perder a su mujer durante el

parto, ver como encarcelan a su hermano por un intento de atraco a un banco para sacar adelante a la familia y depender del dinero que consigue su hermana prostituyéndose.

Lee Beomseon presenta a través de esta historia corta una dura mirada hacia los márgenes de la sociedad coreana de los años cincuenta, usando un espacio alienado centrado en el barrio de Haebangchon (해방촌, Pueblo de la Liberación).<sup>2</sup> Lee Beomseon presenta este barrio en los años de posguerra, describiéndolo como un poblado de chabolas en las cimas de Namsan, las montañas que circundan por el sur el centro histórico de Seúl, donde gran cantidad de emigrados del norte de Corea tomaron refugio en los años previos a la Guerra de Corea o durante el conflicto. El lugar queda descrito como un lugar donde la pobreza, la miseria y la alienación fueron los elementos clave de la vida en lo alto de las colinas. La descripción del callejón “tan angosto como para que el hombro rozase los aleros cubiertos con cajas de raciones de combate esparcidas”, la suciedad “ceniza de las briquetas de carbón estaban esparcidas como costras”, o la propia reticencia del personaje principal a entrar pues “le golpeó en la cara un olor como a trapo podrido [...] al entrar por la puerta”, son elementos usados por el autor para definir el ambiente de Haebangchon, y en concreto la vida de la familia de Cheolho, como un lugar lleno de miseria.

La emigración de los norcoreanos hacia el Sur se nos presenta en el relato a partir de la relación de la madre de Cheolho y el personaje principal.<sup>3</sup> Debido a su situación preeminente en su pueblo natal en el momento en que se inició la reforma agraria, tuvieron que huir para evitar ser identificados como enemigos del pueblo y sufrir un castigo ejemplar. El conflicto ideológico y social que se desarrolló durante el periodo colonial en el campo estaría en la fuente inicial de la migración y el inicio de los problemas para la familia, aunque en el relato no se aluda a él en ningún momento. El autor,

---

<sup>2</sup> Byen, Hwayoung, “Jeonhujakgawi Haebangchone daehan cheheomgwa jaehyeon”, *Bipyong munhak* 56 (2015): 73-99.

<sup>3</sup> Qu Hang, ““Obaltan”gwa “Huā qiáo róngjì”e natanan iju damnon yeongu”, *Chunwon Yeongu Hakbo* 16 (2019): 419-442.

sin embargo, decide construir al personaje de la madre de Cheolho como indicador de dicho desplazamiento, pero también de la extrañación que sufrieron los emigrados del norte de sus pueblos natales. La propia locura de la madre puede rastrearse justamente en su incomprensión, primero, de las razones por las que, tras alcanzar la liberación de Corea, tuvieron que perder su casa, seguida posteriormente del evento traumático de la toma de Seúl por parte del ejército norcoreano. A partir de estos elementos, el personaje de la madre de Cheolho se convierte en un recordatorio constante de como la familia no se encontraría en el lugar correcto, pero también en un recordatorio de como era imposible que lo encontrasen. De esta forma, el grito constante de la madre “¡Vámonos!” marca una meta al personaje de Cheolho, pero una que le resulta imposible alcanzar. Cheolho comparte esos sentimientos:

« Cheolho dibujó una larga línea recta en el cielo nocturno, uniendo el lugar donde se encontraba y la Estrella Polar y desde ahí tan lejos como alcanzaba la vista. Así permaneció encarado al norte durante algún tiempo. Ante sus ojos vio su pueblo natal. Hasta sus calles estrechas, no, podía ver vívidamente hasta las mismas piedras incrustadas en la calle. »

Sin embargo, la realidad de la división de la península se impone de forma inexorable, haciendo de esta extrañación una fuente de conflicto irresoluble para toda la familia y origen de gran parte de sus pesares en la narración.

La migración de la familia al Sur y la pérdida por tanto de la fuente de su bienestar anterior, se plantea por parte del autor como fuente de los pesares familiares, a la vez que sitúa a los hermanos de Cheolho como intentos por solventar dicha situación. Yeongho y Myongsuk son los dos personajes más activos por cambiar la situación familiar, sin embargo, los métodos que intentan les sitúan en un conflicto social con Cheolho. Yeongho sirve en la narración como contrapunto y crítica a la actitud moral del Cheolho, a partir de la acusación que le hace de cobarde y tibio en un mundo donde imperaría la ley del más fuerte. La descripción del mundo que hace Yeongho sirve al autor para presentar un personaje desesperado al carecer de opciones para afrontar el futuro. En este sentido, el pasado militar durante la guerra y su herida serían las causas de dicha desesperación, planteando en primer término la situación de los lisiados de guerra. Esta desesperación ante su

imposibilidad por encontrar trabajo tras su herida hace que plantee un robo a un banco como solución. Por parte de Myongsuk, la solución que el autor presenta con su personaje es la prostitución con soldados americanos, usando el término para referirse a ello de *yangkongju* (양공주).<sup>4</sup> El tema de la prostitución no es nuevo en la literatura coreana, y ya aparece en novelas como *Patata* (Gamja) de Kim Dong-in, por ejemplo. En *Una bala perdida*, el autor usa este personaje como fuente de tensión moral para Cheolho, así como denuncia de una práctica del momento. Sin embargo, a la vez muestra la dependencia económica de la familia de esa fuente de ingresos, dejando de nuevo al personaje de Cheolho en una situación de tensión moral sin posibilidad de resolución.

Estos personajes representan en la obra de Lee Beomseon distintas fuentes de marginalidad en la sociedad surcoreana del momento. Los emigrantes norcoreanos, los lisiados de guerra y las prostitutas para los soldados americanos fueron grupos marginales que Lee representa en conjunto en un lugar marginal y liminal como el Haebangchon de los años 50. En la presentación de estos elementos, el autor no oculta la ironía y la contradicción que causa dicha marginalidad, quedando evidente en el propio nombre del barrio chabolista tal y como queda explicado en la conversación entre Cheolho y su madre:

«La madre de Cheolho decía que quería morirse en su pueblo. Así era.

Solía decir estando sentada, mientras suspiraba y se daba un ligero palmetazo en la rodilla: «¿Esto dónde lo viven las personas? No es uno ni dos días...».

A lo que Cheolho contestaba cada vez: «Madre, ¿pero no somos libres en Corea del Sur?», y continuaba diciendo que allí podían vivir, mientras que, si volvían a su pueblo en Corea del Norte, los matarían en un suspiro y que la libertad era muy importante. Sin embargo, hacerle entender a su anciana madre la idea de libertad era mil veces más difícil que hacerle entender el paralelo 38°. No, pensó que era prácticamente imposible.»

---

<sup>4</sup> Byen, Hwayoung, “Jeonhujakgawi Haebangchone dachan cheheomgwa jachyeon”, *Bipyong munhak* 56 (2015): 75.

La tensión entre este fragmento y el propio nombre del barrio donde viven, Haebangchon (Pueblo de la Liberación), hace evidente como la libertad supuestamente preservada en el Sur, no significaba una vida digna necesariamente. Sin embargo, en la exploración de las causas de dicha tensión encontramos también uno de los límites a la crítica implícita a la sociedad surcoreana que hace el autor.

El relato plantea como fuente del sufrimiento familiar el desclasamiento parejo a la emigración al sur, pero en el análisis de sus consecuencias se apunta de forma preeminente a la incapacidad de acceder al consumo capitalista. Este elemento se nos presenta de forma tangencial a lo largo del relato, pero con elementos muy significativos. Esta negación de la familia para acceder de nuevo al estilo de vida acomodado al que estaban acostumbrados en su vida previa a la migración se plantea como una de las fuentes principales de conflicto en el relato. Se puede ver de forma evidente en la descripción de la vestimenta de la hija de Cheolho:

«Cheolho se limitó a mirar la cara amarillenta de su hija. La niña llevaba de vestido una de sus viejas camisas con los faldones cortados y sobre los calcetines desparejados le habían puesto unas gomillas sacadas de a saber dónde.»

También se observa en la amargura del personaje de Yeongho y su dependencia del favor de sus “amigos” para poder fumar y beber y especialmente cuando dice:

“Vivamos de una vez ya. Maldita sea, todo el mundo disfruta, mientras que nosotros seguimos viviendo así. Compremos una casa bonita, con jardín y una valla blanca, y colguemos un cartel con tu nombre, con letras tan grandes que hasta un ciego pueda verlas. Solo entonces viviremos.”

Queda incluso presente en la despedida de Yeongho de su hermano, camino a la cárcel, cuando le pide que cumpla con la promesa que le hizo a su sobrina y la lleve a un centro comercial. Esta exposición del consumo, o mejor dicho, su falta de acceso a bienes materiales como elemento de alteridad a lo largo del relato plantea, por una parte, las aspiraciones de la sociedad coreana del momento de vivir mejor, pero por otra, lo hace sin cuestionar los fundamentos socio-económicos del régimen surcoreano.

La idea de la alienación es central en la narración. Queda representada de forma particularmente fuerte en el personaje principal. Cheolho, conector de todos los elementos y escenas en la narrativa, es, sin embargo, un espectador pasivo a los sucesos que acontecen a su alrededor. Solo al final de la obra, en su momento de máxima desesperación tras el fallecimiento de su mujer en el parto parece que toma el control de la situación al decidir extraer los dientes que le torturaban desde hacía tiempo. Sin embargo, ese acto por remediar, aunque solo fuese una de las causas de su dolor, se mostrará infructuoso y superficial, pues la conclusión del mismo será su divagación dentro del taxi y el reconocimiento de ser una bala perdida, un hombre sin dirección. Esta idea, sin embargo, no es una novedad introducida por Lee. Existe una tradición importante, desde el periodo colonial al menos, que explora el tema de la alienación del hombre en la sociedad moderna. Este tema se puede rastrear hasta el propio Yi Sang (1910-1937) y su historia corta *Alas* (날개), publicado en 1936. Lee Beomseon, basándose en esa tradición literaria del periodo colonial, fue capaz de plantearla en un contexto nuevo para retomar uno de los temas clave de la literatura coreana como es la guerra de Corea y la división nacional. A partir de la alienación del personaje principal, es capaz de representar la marginalidad de los emigrantes norcoreanos en Corea del Sur.

*Una bala perdida* fija ciertos elementos y actitudes del periodo inmediato a la posguerra en el relato que hacen de ella una particularmente importante. En primer lugar, el tratamiento que hace de los emigrados desde el Norte pone en tela de juicio el discurso nacionalista e incluso patriótico, señalando como una minoría sufre por su simple origen. Además, las tensiones entre los personajes con el personaje principal muestran de una forma evocadora la falta de opciones para mejorar la situación. En este sentido, la crítica social al gobierno liderado por Syngman Rhee es evidente. Sin embargo, los propios límites ideológicos del autor y su periodo hacen que esta crítica no vaya más allá de los aspectos superficiales de la marginalidad. No se llega, por tanto, a una crítica al sistema capitalista imperante. Finalmente, si se toma la figura de Cheolho como una alegoría de la sociedad coreana, Lee Beomseon nos presentaría una sociedad sin dirección y sin opciones para finalmente tomar un camino. Estas ideas son un buen indicador del trauma

que supuso para la sociedad coreana la división, y ofrece al lector una ventana al clima intelectual de Corea del Sur casi inmediato a la visión. A pesar de la dureza del mensaje, Lee Beomseon también es capaz de hacernos empatizar con dicho sufrimiento y desear que al final Cheolho pueda encontrar su dirección, como finalmente logró la sociedad surcoreana, no sin varios accidentes por el camino.

Luis A. Botella Sánchez

Profesor del Grado en Estudios de Asia Oriental-Estudios Coreanos. Universidad de Málaga

Eun Kyung Kang

Profesora del Grado en Estudios de Asia Oriental-Estudios Coreanos. Universidad de Málaga

## Bibliografía

Byen, Hwayoung, “Jeonhujakgawi Haebangchone daehan cheheomgwa jaehyeon”, Bipyong munhak 56 (2015): 73-99.

Hong, Gisam, “Yi Beomseon soseol yeongu - bundangwa aireoniui ijungseong”, Dong-ak Eomunhak 40 (2003): 205-224.

Hugues, Theodore, “Korean Literature across Colonial Modernity and Cold War”, PMLA 126, no. 3 (2011):672-677

O'Rourke, “Literature after de Korean War”, Korea Journal 17 (1977): 4-12

Qu Hang, ““Obaltan”gwa “Huā qiáo róngjì”e natanan iju damnon yeongu”, Chunwon Yeongu Hakbo 16 (2019): 419-442.

Robinson, Michael Edson, Korea's twentieth-century odyssey (Honolulu: University of Hawaii Press, 2007).





---

이범선 – 오발탄

---

UNA BALA PERDIDA

---



**P**asadas las seis, Song Cheolho, oficinista en una contaduría pública, continuaba sentado en su puesto en una esquina de la oficina. A pesar de que no quedaba ningún trabajo por hacer y los libros hacía tiempo que ya estaban cerrados y arqueados, simplemente continuó sentado. El resto de los compañeros tenía la vista clavada en el minutero, esperando para desaparecer a las cinco en punto. Sin embargo, a Cheolho, que no había almorzado, no solo le entró hambre, sino que además no tenía a donde ir.

«¿Sr. Song, no se marcha usted?».

Cheolho escuchó en la voz del chico de los recados un tono que le pedía que saliese ya porque tenía que limpiar, con lo que se sacó pesadamente las manos del fondo de los bolsillos de su raída chaqueta de faenade la marina y las puso encima del escritorio.

«Tendré que irme», respondió con un bostezo.

El chico de los recados empezó a barrer desde la esquina opuesta. Sin motivo alguno, el polvo se arremolinó en la cara de Cheolho. Se puso de pie desganado y fue a la esquina de la ventana. Echó agua del cubo en un cuenco y sumergió ambas manos con calma. Todavía era principios de primavera y el agua se sentía fría en la punta de los dedos. Cheolho bajó la mirada distraídamente a sus dos manos sumergidas. En la primera falange del dedo corazón de su mano derecha tenía un callo del tamaño de una judía por sostener la pluma. Del callo salía suavemente lo que parecían hilos de seda azul. Tinta. Por un momento, se deslizó hacia el fondo del cuenco para luego elevarse y florecer con suavidad como la niebla esparciéndose en todas direcciones. La saturación de color fue poco a poco haciéndose más suave en la punta de los dedos. Cuando se extendió hasta el borde del cuenco con un color azul como el de un cielo claro de otoño, volvió de nuevo al centro de la punta de los dedos y pintó un círculo azul un poco más oscuro.

«¡Sangre! ¡Esto es definitivamente sangre!».

Cheolho tuvo una idea absurda. Sacó las manos del agua con cuidado y esta vez vio la cara de un hombre en el fondo del cuenco. Ese hombre, que miraba fijamente a los ojos de Cheolho, tenía los músculos de la cara extrañamente deformados y se estaba riendo con un gesto torcido en los labios. El pelo, desordenado y largo en la frente. Debajo, dos ojos hundidos y vacíos. Las mejillas flacas. La barbilla afilada. La cara sin brillo y cenicienta como la de un cadáver. Era un hombre lejano de las cavernas.

Un hombre que lleva un garrote con una piedra afilada unida de cualquier forma con hiedra, que habita en cuevas y que deambula por su familia, todo el día descalzo, por el bosque.

¿Un oso? No tengo el valor suficiente. ¿Un jabalí? No soy lo suficientemente fuerte. ¿Un corzo? Son demasiado ágiles. ¿Un faisán? Pueden volar. ¿Un conejo? Un conejo, sí. Son fáciles de matar, pero incluso hoy no se encuentran fácilmente. Hay demasiados cazadores. Incluso más que conejos.

Aún así hay que traer algo.

El hombre arrodillado en una roca se lava las manos. En el agua azul se une una brillante puesta de sol. La sangre que mancha las manos del hombre de forma pegajosa se mezcla más que los rayos de la puesta de sol.

Parece que ha cazado algo. ¿Un oso? ¿Un jabalí? ¿Un corzo? ¿Un faisán? ¿Un conejo? Sin embargo, cuando se levanta, no es nada de eso. Se trata de repugnantes intestinos. Los intestinos de ni el hombre sabe qué bestia. No puede ver ni la cabeza ni la cola de la bestia. Solo ha cogido algo que otra persona dejó en el bosque.

Cheolho agarró el jabón que tenía delante y se enjabonó violentamente las dos manos. Sin saber el motivo, un resentimiento empezó a bullir en su interior.

Sin cargar siquiera con una fiambra vacía en las manos, subió por la colina de Haebangchon con el estómago totalmente vacío. El poblado eran chabolas esparcidas desordenadamente y apiñadas en la cresta de la montaña. Cheolho entró en el callejón. Era tan angosto que el hombro rozaba los aleros cubiertos con cajas esparcidas de raciones de combate. La calle estaba resbaladiza del agua de las cocinas que se había tirado sin prestar atención y la ceniza de las briquetas de carbón se diseminaba como costras.

Uno de los extremos del callejón estaba bloqueado y se veía la puerta corredera de papel de la casa de Cheolho, hecha con bolsas de papel amarillo para cemento y atada con un cordel blanco. Cheolho dio un tirón de la agarradera hecha con un paño que se había vuelto como de cuero con el tiempo. La puerta estaba desencajada por las entradas y salidas y no se cerraba del todo. Al abrirse, emitía un crujido y se atascaba. Por las rendijas de la puerta se colaba el grito grave y fuerte de su madre.

«¡Vámonos! ¡Vámonos!».

Al parecer, la voz le cambió cuando se volvió loca. Ya no era la voz suave y tranquila de su madre; era un grito desgarrado y pérfido, la voz robada de otra persona.

Al abrir la puerta y entrar, a Cheolho le golpeó en la cara un olor como a trapo podrido. Bajó la mirada, vacía, hacia la parte de la casa con suelo

calefactable. En los tiempos de la escuela media, una vez vio una momia en el museo. Estaba completamente cubierta de vendas de algodón y no tenía ni un solo pelo blanco en su sitio. Era como un estropajo. Su madre estaba vuelta hacia la pared y, a intervalos regulares como el hipo, gritaba: «¡Vámonos! ¡Vámonos!». Resultaba raro que un esqueleto como ese fuese capaz de lanzar tales gritos.

Cheolho fue a la siguiente habitación y se dejó caer con un golpe contra la pared. Era como si tuviese una pesa de plomo en el pecho. Quería dejar salir un grito de rabia, pero cerró los ojos y tragó saliva con esfuerzo.

Hasta hacía dos meses nada más, Cheolho solía saludar a su madre cada noche cuando volvía del trabajo con un «madre, ya he vuelto», lo entendiese o no. Sin embargo, últimamente no hacía ni eso. Ahora solo la observaba de pie durante un rato con la mirada vacía y se metía en la otra habitación.

Su esposa, sentada en un rincón oscuro, se puso de pie en silencio. Sus pantalones, hechos con una manta, tenían un agujero en la rodilla y la otra estaba remendada con una tela gris. Estaba en el último mes de gestación y tenía una barriga que parecía un barreño dado la vuelta. Pasó por delante de Cheolho como una sonámbula de camino a la cocina. Por supuesto, no era muda; simplemente no tenía nada que decir.

«Papá».

Cheolho se sobresaltó como si alguien le hubiese dado un golpe fuerte en la cabeza.

Justo delante, su hija de cinco años lo observaba con los ojos muy abiertos. Cheolho se volvió hacia ella y la sonrisa que intentó mostrarle se convirtió, en su lugar, en una mueca.

—¿Sabes? Tito me ha dicho que me va a comprar una falda de nailon.

—Ajá.

—Y que también me va a comprar unos zapatos.

—Ajá.

—Entonces iré con mamá a dar una vuelta al centro comercial Hwasin.

—...

Cheolho se limitó a mirar la cara amarillenta de su hija. La niña llevaba de vestido una de sus viejas camisas con los faldones cortados y sobre los calcetines desaparejados le habían puesto unas gomillas sacadas de a saber dónde.

«¡Vámonos! ¡Vámonos!», seguía gritando su madre como una maldición desde la habitación de al lado. A pesar de que hacía ya siete años, le parecía que era la voz de una persona diferente que no reconocía.

Cheolho cerró los ojos una vez más con fuerza. Dentro de la cabeza sintió que una cuerda se tensaba. Con el deseo de dar dos puñetazos y romper cualquier cosa, apretó los dientes tanto que una muela se le rompió.

A pesar del frío, Cheolho prefería la roca redondeada al interior de su casa. Efectivamente, si cenaba, siempre se sentaba en la piedra en lo alto de la cresta de la montaña abrazando sus rodillas y mirando las luces a lo lejos, distraído, esperando la caída de la noche. Allá abajo, a cierta distancia y sin poder distinguirse, giraban suavemente los carteles de neón de bebidas alcohólicas, apagándose con un flash y encendiéndose con un destello. Cheolho se quedó absorto observando aquellos anuncios.

La piedra de lo alto de la cima se fue enfriando poco a poco. Al final, solo el sitio donde Cheolho estaba sentado se mantenía mínimamente caliente, pero, si se quedaba un poco más, también ese sitio se quedaría frío. Entonces solo podría levantarse y tendría que irse.

Al final, Cheolho se levantó. Tenía las piernas dormidas tras haber estado dobladas durante mucho tiempo. Hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta de faena y observó el cielo nocturno otra vez. Incluso ahora, las estrellas brillaban más bonitas que las calles nocturnas. En medio de tantas estrellas, Cheolho intentó encontrar la Osa Mayor, que parecía un cazo dado la vuelta. La estrella frente a la Osa Mayor era más brillante y grande que las

otras; era la estrella polar. Cheolho dibujó una larga línea recta en el cielo nocturno, uniendo el lugar donde se encontraba y la estrella polar y desde ahí tan lejos como alcanzaba la vista. Así permaneció, mirando hacia el norte, durante algún tiempo. Ante sus ojos vio su pueblo natal. Sus calles estrechas, no, podía ver claramente hasta las mismas piedras incrustadas en la calle.

Su cuerpo temblaba de forma espantosa a causa del frío. Un escalofrío como una descarga eléctrica le recorrió el cuerpo desde los dedos de los pies y salió disparado por sus fosas nasales. Cheolho estornudó con un estruendo. Su cuerpo se estremeció con fuerza de nuevo y entonces se bajó de la roca.

Entró lentamente en el callejón.

«¡Vámonos!».

Cheolho se detuvo dudando. Nunca se imaginó que la voz de su madre llegara tan lejos de día, pero ahora podía escucharla incluso desde la boca del callejón.

«¡Vámonos!».

Sin embargo, no podía permanecer así para siempre. Cheolho movió de nuevo un pie. Estaba dando pasos pesados y no era solo porque tuviera las piernas entumecidas.

«¡Vámonos!».

Cada vez que Cheolho daba un paso en dirección a la casa, aquel grito se oía más fuerte. Era un volvamos. Era un retornemos. Era un retornemos a casa. Era un regresemos al pasado. Era algo que la madre de Cheolho decía como muletilla incluso antes de que perdiese la cabeza.

El paralelo 38°. Aunque se lo explicase en detalle a su anciana madre, fuera de la forma que fuese, no servía de nada.

«No puedo. Da igual el esfuerzo que haga, no puedo. El paralelo 38°. Me dice: “¿Cómo? ¿Que han construido allí un muro que llega hasta el cielo? ¿Quién es el bastardo que me va a impedir ir a mi casa?».

La madre de Cheolho decía que quería morirse en su pueblo. Así era.

Solía decir estando sentada, mientras suspiraba y se daba un ligero palmetazo en la rodilla: «¿Esto dónde lo viven las personas? No es uno ni dos días...».

A lo que Cheolho contestaba cada vez: «Madre, ¿pero no somos libres en Corea del Sur?», y continuaba diciendo que allí podían vivir, mientras que, si volvían a su pueblo en Corea del Norte, los matarían en un suspiro y que la libertad era muy importante. Sin embargo, hacerle entender a su anciana madre la idea de libertad era mil veces más difícil que hacerle entender el paralelo 38°. No, pensó que era prácticamente imposible. Al final Cheolho abandonó la idea de explicarle a su madre el concepto de libertad. Debido a ello, su madre sentía que Cheolho era un malnacido que insistía en mantenerla atrapada sin saber las razones por las que no hacía nada para volver al pueblo, a pesar de todas las miserias que padecían. Tampoco es que Cheolho ignorara los sentimientos de su madre.

No es que hubiesen sido indeciblemente ricos, pero la madre de Cheolho había vivido en cierta abundancia como terratenientes y señores del pueblo que habían sido. Ella no sabía mucho del mundo, pero no podía creer que el Haebangchon, con sus chabolas apretujadas contra las crestas de los montes como si fuesen conchas de cangrejos, fuese de verdad el pueblo de la liberación como indicaba su nombre.

«Yo también lloré de alegría cuando recuperamos nuestro país. Con lágrimas como puños. Incluso me puse mi falda roja de las bodas y bailé. Pero, si esto es todo, me niego. No entiendo nada. Hay algo que ha ido muy mal. Todo el mundo está mal».

Había algo que se le escapaba a la madre de Cheolho. Si habían recuperado el país, no lograba entender que debieran perder su casa. Desde que la madre de Cheolho había cruzado a Corea del Sur, no pasaba un día que no mencionase eso.

El día que empezó la guerra, el 25 de junio, vieron cómo Yongsan fue bombardeada y se convirtió en un infierno a sus pies. Cuando terminó ese día, Cheolho se dijo que había perdido a su madre.

«Hijo, de verdad, vámonos ya. Mira eso. El muro se ha derrumbado. El muro ese del paralelo 38° se ha derrumbado».

Desde ese momento, la madre de Cheolho perdió la cabeza. Ya no era su madre. La mirara como la mirase, ya no era su madre. ¿Hay algún sitio donde una madre no sea capaz de reconocer ni a su hijo? Desde ese día la madre de Cheolho solo gritaba con voz abrasadora: «¡Vámonos! ¡Vámonos!», y había olvidado completamente todo lo demás. En aquel momento, para Cheolho su madre solo era un cadáver que no había fallecido.

Una luz débil se colaba a través de los agujeros de la puerta corredera de papel. Cheolho abrió la puerta de la habitación exterior. En el vano de la puerta, entre las dos habitaciones, había una lámpara precariamente colocada, que titilaba como una luciérnaga. En la zona más caliente de la habitación interior, su hija dormía estirada con el cuerpo enrollado en la manta y parecía un cuerpo sin vida. Su mujer estaba al lado de la pequeña, sentada sobre sus rodillas. Sobre las rodillas del pantalón remendado con retazos grises y negros, tenía un par de zapatos hechos con hule rojo. Cheolho entró en la habitación y su mujer sostuvo los zapatos de la pequeña en la palma de las manos para mostrárselos.

—Tío Yeongho se los ha comprado.

Los ojos de su mujer, con unas pestañas especialmente largas, sonrieron un poco. Hacía mucho tiempo que no la veía sonreír. Hacía tanto tiempo que casi había olvidado cómo era, lo guapa que era.

Se acercó al vano con la lámpara para sentarse y examinar de arriba a abajo los zapatos rojos de niña que había cogido de las manos de su mujer.

—¿Has salido a dar una vuelta?

Yeongho, el hermano menor de Cheolho, se sentó frente a él más allá de la luz de la lámpara en la habitación exterior, mientras se reía y lo miraba.

—¿Cuándo has vuelto?

—Justo acabo de llegar.

Yeongho no se había aflojado aún la corbata.

—¡Cheolho!

Cheolho, ante la voz de su hermano increpándolo, se volvió para observarlo mientras le devolvía a su mujer los zapatos de la pequeña, que aún sostenía.

—Vivamos de una vez ya. Maldita sea, todo el mundo disfruta, mientras que nosotros seguimos viviendo así. Compremos una casa bonita, con jardín y una valla blanca, y colguemos un cartel con tu nombre, con letras tan grandes que hasta un ciego pueda verlas. Solo entonces viviremos.

Yeongho, que hacía tres años que se había licenciado en el ejército y que todavía no había podido conseguir un trabajo, siempre hablaba así cuando se emborrachaba.

—Compremos también un sedán de veinte millones de hwans y llenémoslo de cubos de estiércol para disgustar a esos malditos. Haya o no trabajo, vayamos de un lado a otro tocando el claxon todo el día, maldita sea. Ja, ja, ja.

Yeongho, sentado y recostado contra la pared, le echó el humo del tabaco a la cara encendida.

—Así que has vuelto a beber.

Yeonghocursó solo tres años de universidad, que le resultaron muy difíciles porque también trabajaba, y luego se alistó en el ejército. Al licenciarse, no tenía ninguna habilidad en particular, con lo que ahora, aunque tampoco tenía la culpa, no tenía posibilidad de acceder a un trabajo. A pesar de ello, Cheolho consideraba inadecuado que su hermano menor volviese casi cada noche borracho no se sabía ni de dónde ni con qué dinero.

—Sí, he bebido un poco. Con unos amigos...

Esa era la respuesta de siempre. Cheolho también sabía que no era mentira.

—Deja de beber tanto.

—Si te juntas con amigos es natural tomarse un par.

—Da igual. Lo que digo es que no deberías juntarte con ellos tanto.

—Me temo que eso no puedo hacerlo. Ja, ja, ja.

—Pero ¿qué sacas de juntarte para beber todo el rato de esa forma?

—¿Qué hay que sacar? Nos juntamos porque estamos frustrados. Nos juntamos para hablar mientras nos tomamos una copa. Eso es todo.

—Digo que creo que hay algo raro.

—Pero, Cheolho, ¿qué problema hay en tener amigos, aunque sean como ellos? Muchas veces pienso en qué haría sin ellos. Uno con un brazo, otro lisiado. Ignorantes e insignificantes a los que solo les queda morirse. Sin embargo, Cheolho, todos son buenas personas en el fondo. Ja, ja, ja. ¡Camaradas de armas!

Yeongho echó la cabeza hacia atrás y exhaló el humo del tabaco hacia el techo. Cheolho no podía dejar de observar a su hermano, sin decir una palabra. Yeongho se aflojó el nudo de la corbata, sin dejar de mirar al techo, mientras observaba el humo del tabaco elevándose.

«¡Vámonos!», gritó su madre desde el cuarto interior.

Yeongho giró la cabeza lentamente en aquella dirección y se quedó mirando inexpresivo. Cheolho exhaló un profundo suspiro y la llama de la lámpara bailó de forma vacilante ante ambos. Seguidamente, Yeongho sacó un cigarrillo de una cajetilla arrugada de *Parangse*<sup>1</sup> que llevaba en el bolsillo

---

<sup>1</sup> Popular marca de tabaco lanzada en 1955, durante los años de la posguerra, con el fin de infundir esperanza y motivación en la sociedad.

de la chaqueta. Al hacerlo, cayó tabaco seco de ambos extremos del cigarrillo, así que volvió a liarlo, como si de un caramelo se tratase, y se lo puso en la boca.

—Prueba esto, hermano.

Yeongho cogió la cajetilla roja de tabaco importado que tenía a su lado y se la ofreció a Cheolho. Sin embargo, Cheolho tan solo le echó un vistazo a la cajetilla inusualmente alargada y, sin decir una sola palabra, acercó el cigarrillo que tenía en la boca a la lámpara. Yeongho se quedó observando discretamente cómo los hombros de su hermano se encorbaban por encima de la llama. De repente, se oyó un sonido crepitante. Las puntas del flequillo despeinado que caía sobre la frente de Cheolho se habían quemado con la llama de la lámpara. Cheolho levantó la cara y se sacó el cigarrillo de la boca, pues, tras dar una sola calada, ya le estaba quemando las puntas de los dedos. Conforme exhalaba el humo, se le fueron formando tres profundas arrugas en el entrecejo. Yeongho puso de nuevo en el suelo la cajetilla que había cogido y, tranquilamente, dirigió su mirada hacia la lámpara esbozando una extraña sonrisa en la comisura de los labios. ¿Una sonrisa desgarradora? No, más bien burlona, como si se estuviera riendo de alguien, y poco a poco se fue desvaneciendo. Tras ello, se hizo el silencio.

«¡Vámonos!».

Desde el lugar más cálido de la habitación interior, la madre, con el cuerpo de lado, hablaba en sueños. Sumida en un sueño, parecía que se había olvidado de la realidad. Muy bajo, aquel sonido similar a un suspiro fluía lentamente entre los dos cuartos y desaparecía. Como siempre, nadie hablaba.

Cheolho cogió con la punta de los dedos una colilla de cigarro, que miró fascinado, y observó el titilar de la luz de la lámpara. Yeongho se apoyaba ladeado contra la pared y observaba la colilla en los dedos de Cheolho. Mientras, la esposa de Cheolho colocaba los zapatos rojos junto a la cabecera de la cama donde su hija dormía.

«¡Vámonos!».

Una vez más, la voz de la madre salió como si viniera de debajo de la tierra.

—Cheolho, te disgusta que fume tabaco de importación, ¿verdad?

Yeongho cogió un cigarrillo encendido y lo puso delante de sus ojos mientras miraba el ascua roja del cigarrillo.

—No es adecuado, ¿verdad?

Cheolho respondió mirando todavía el ascua del cigarro:

—Sin embargo, hermano, entre Parangse y tabaco de importación, ¿tú cuál prefieres?

—¿Mmm...? El de importación me gusta más. ¿Y qué?

La mirada de Cheolho lo golpeó como un relámpago en la cara diciendo «aunque seas un tío que no puede ni ganar para cebada cocida, fumas tabaco de importación».

—Por eso escojo este tabaco de importación.

—¿Y qué?

—Cheolho, me estás malinterpretando.

—¿Mmm...?

—¿Qué dinero tengo yo para comprar tabaco occidental? A veces mis amigos me lo compran y por eso lo fumo. Cheolho, desapruebas que beba casi todas las noches y me monte en un gran coche, ¿verdad? Lo sé. Como a veces no tienes los veinticinco hwans del billete de tranvía, vuelves andando, cansado, los diez li que hay aproximadamente entre Jongno y casa. Eso tú, porque yo me monto en el coche por la buena voluntad de mis amigos. Aunque, bueno, no sé si es por su buena voluntad o una bobada por su parte. En cualquier caso, ¿hay alguna razón por la que deba rehusar su amabilidad y andar? Aunque son un poco raros, ¿no? Me compran alcohol y tabaco y me llevan en coche, pero no me dejan dinero.

Yeongho miraba con una sonrisa el cigarrillo mientras lo giraba encendido entre los dedos.

—De cualquier forma, es hora de ponerse serio. ¿Te das cuenta de que ya hace dos años que terminaste el servicio militar?

—Debo ponerme serio. Además, voy a solventar todo el asunto este mes.

—¿Dónde vas a conseguir empleo?

—¿Buscar un trabajo? ¿Como tú, hermano? ¿Recibir un sueldo trabajando en las cuentas de otra persona y ni siquiera tener para un billete de tranvía?

—¿Tienes alguna otra idea?

—Sí, si tuvieras un poco de agallas como los demás.

—¿...?

Cheolho, ante la idea absurda de Yeongho, se quedó mirándolo con cara de tonto. Le picaban las yemas de los dedos. Cheolho apagó el cigarro en el cenicero hecho con una lata de cerveza japonesa.

—¿Agallas?

—Sí, agallas.

—¿Qué quieres decir con agallas?

—Quiero decir que tengas al menos las agallas de un cuervo. Ellos no necesitan ser inteligentes. No importa que sean estúpidos. Por lo que yo sé, los cuervos no les tienen miedo a los espantapájaros. Como el gorrión no es consciente de su inteligencia, el bastardo del cuervo ni siquiera se asusta del espantapájaros.

En la comisura de la boca de Yeongho apareció una sonrisa muda como la que tenía cuando Cheolho se estaba encendiendo el cigarro.

—¿No estarás tramando, por casualidad, algo absurdo?

Cheolho miró a la cara de Yeongho ligeramente nervioso y tragó saliva con dificultad.

—No, nada absurdo. Nosotros también, como los demás, desecharmos nuestro equipaje para viajar sin carga, eso es todo.

—¿Desechar qué?

—Sí, desechar. Quiero decir desechar toda la conciencia, la ética, las costumbres y la ley.

Los ojos grandes de Yeongho adoptaron un brillo excepcional mientras miraba la cara de Cheolho.

—¿Conciencia, ética, costumbres y ley?

—Tú... Tú...

Yeongho no respondió ninguna pregunta. Sin embargo, se quedó mirando fijamente los ojos de su hermano Cheolho.

—Si viviéramos así, tú también podrías vivir bien.

A Cheolho le temblaba la voz.

—¿Así dices? ¡¿Abandonarías la conciencia, ignorarías la ética y las costumbres y desafiarías la ley?!

Ante la voz emocionada de Cheolho, Yeongho bajó la mirada hacia sus pies estirados delante de él.

—Cheolho, te respeto. Has soportado muchos problemas. Sin embargo, sigues siendo una persona débil y no tienes agallas. Tu conciencia es demasiado fuerte. Tal vez, las personas débiles son las que desarrollan espinas de la conciencia más fuertes.

—¿Espinass de la conciencia?

—Sí, espinass. La conciencia es una espina en la yema de los dedos. Si la sacas, no pasa nada, pero, si por alguna razón, la dejas clavada, a veces, por

sorpreza, te pinchará. ¿Ética? Eso es como unos pantalones de nailon. Aunque los lleves puestos, tus partes se transparentarán. ¿Costumbres? Son como una cinta en la cabeza de una chica. Si la tiene, la hace más guapa. Pero, si se la quita, no tiene nada de especial. ¿Ley? Es como un espantapájaros. Un espantapájaros con una calabaza por cabeza donde le han dibujado unos ojos, nariz y una larga barba y lo han vestido con trapos y con los brazos estirados. Para los gorriones, es una gran amenaza. Pero los cuervos, en cambio, no se asustan. Ellos se posan en la cabeza y se limpian la suciedad de sus picos tan tranquilos.

Yeongho se rio irónicamente. Y allí, en el umbral, sacó otro cigarro de la caja y se lo encendió con la colilla del anterior.

«¡Vámonos!».

Se oyó la voz de la madre otra vez. Estaba profundamente dormida, pero todavía gritaba “¡vámonos!, ¡vámonos!” Esto formaba parte de ella como respirar. Cheolho miraba fijamente la cara de su hermano, que estaba recostado de lado mirando sus pies sin parpadear. Al cabo de un rato, Cheolho giró la cabeza y dejó de mirarlo, recostándose de lado contra la pared.

La carita de su hija parecía desoladora al mirarla a través de la débil luz de la lámpara. Al lado de la niña estaba sentada la mujer de Cheolho. Esta levantó la rodilla izquierda, apoyando la mano y la barbilla sobre ella. Se había mantenido sentada mientras escuchaba hablar a los hermanos. Posiblemente pensara en sus asuntos mientras los escuchaba a la vez que acariciaba los pequeños zapatos rojos de su hija. Cheolho agazapó la cabeza, se puso de nuevo el cigarro en la boca, dio un par de caladas más y siguió hablando.

—Sí, yo también conozco tu modo de vida. Aunque seamos pobres, vivimos de manera honrada y eso es bueno. Sin embargo, para ello tienes que hacer un sacrificio descomunal. Si eres pobre, ni siquiera puedes solucionar problemas tan básicos como el hecho de hacer que te dejen de doler las caries durante todo el día. Si te duelen las muelas, deberías ir al dentista para tratarlas, ¿no crees? Sin embargo, te lo tienes que aguantar porque no tienes suficiente dinero para poder costeártelo. Ahí está el

problema, que necesitas conseguir dinero para poder costearte las necesidades básicas. Puedes llegar a pensar que aguantar el dolor y no ir al dentista es simplemente por ahorrar, pero es falso, ya que no invertir en lo necesario no significa ganar dinero. En el mundo, hay tres clases de personas: aquellas que ganan demasiado dinero y que acaparan todo lo que sea posible; la gente que gana el dinero justo para poder subsistir; y por último está la gente que no tiene el dinero suficiente y su modo de vida empeora. Tú, probablemente estés en este último grupo. Dirás que no tienes elección, que solo intentas llevar una vida honrada. Sí, es honrada, pero eso es todo. No hay nada bueno más allá de eso. Así que solo te queda llorar y aguantarte el dolor de muelas. ¿No crees? Mira, hermano, si la vida simplemente fuera como un catalejo mágico y barato, de esos juguetes que son un simple truco de espejos que se compran los niños portan solo diez hwans en las calles, podrías mirar a través del agujero y ver cuánto dinero obtuviste. La vida no es vivir con lo que tienes en el bolsillo, sino que tienes que vivir más allá de lo que tienes. La vida tampoco es engullir hasta que no te queda nada. Incluso si odias tu vida, hay que vivir. La vida no es tan importante como para quitarte la vida. Necesitamos dinero para vivir porque este es necesario para sobrevivir. No hay por qué saltarse la ley, sino que tenemos que llegar al límite. Otras personas incluso juegan con el límite de la ley, pero ¿por qué solo nosotros tenemos que ahogarnos en el margen de la ley? ¿Qué es la ley? ¿No es una línea que hemos acordado?

Yeongho levantó bruscamente la cabeza, se desabrochó el débil nudo de la corbata y la tiró con indiferencia a una esquina de la habitación. Se sentó en silencio con la barbilla enterrada en el pecho y con los ojos clavados en los pulgares de sus pies sobresaliendo por los calcetines agujereados.

Había oído que un par de calcetines de nailon podía durar fácilmente medio año sin romperse. Sin embargo, prefería gastarse cien hwans en calcetines de algodón cada vez que lo necesitara, a pesar de que tuviese que ser con mayor frecuencia, que gastarse setecientos hwans de una sola vez.

«¡Vámonos!».

Su madre volvió a acostarse.

—Eso que dices no tiene sentido.

Lentamente, Cheolho elevó la cabeza. El cuerpo agachado de su esposa proyectaba una sombra en la pared cubierta de papel de periódico que se encontraba frente a él. La sombra encorvada de su esposa de cabello alborotado resultaba monstruosa. Cheolho cerró los ojos y apoyó la parte de atrás de la cabeza en la pared que dividía la habitación. Con los ojos cerrados, apareció frente a él la vívida imagen de su esposa, tal y como la recordaba décadas atrás, ataviada con un *cheogori*<sup>2</sup>[2] de color blanco y una larga falda negra. Encima de aquel escenario la veía más guapa que nunca; se trataba del concierto de graduación de la universidad femenina en la que estudiaba. Una vez terminada la canción, el sonido de los aplausos se prolongó largo rato. Aquella noche, mientras recorrían la avenida, ella destacaba por su belleza y frescura. Sin embargo, la mujer que ahora se encontraba encorvada frente a Cheolho no era la esposa de ese recuerdo. Se había convertido en una especie de bestia torpe y obtusa. Para entonces, aquella mujer ya había perdido cualquier atisbo de esperanza. Cheolho abrió los ojos sutilmente: solo sus largas pestañas negras como el carbón se habían mantenido inmutables con el paso del tiempo.

«¡Vámonos!».

Cheolho dio un respingo al despertarse de su fantasía.

—¿Un sinsentido? No sé de qué hablas. — respondió Yeongho sin energía, que permaneció sentado observando la luz parpadeante de la lámpara.

—Por lo que dices, todas las personas que tienen dinero serían malas personas.

—No, en ningún momento he hecho una distinción entre bueno o malo. ¿Quién es mala persona y quién no lo es? ¿Por qué son malos? ¿Acaso vivir

---

<sup>2</sup> Chaquetilla corta del traje tradicional coreano (hanbok).

bien es algo malo? No existe ninguna forma de determinar lo que es bueno y lo que es malo.

—Sin embargo, según lo que acabas de decir, para vivir bien debemos abandonar la conciencia, la ética y todo. ¿Pero eso dónde se ha visto?

—No has entendido nada. En otras palabras, lo que quiero decir es que cada cual, viviendo a su manera, puede vivir una buena vida, aunque muy pocos lo consiguen. Sin embargo, cualquier persona que sea capaz de liberarse de las trivialidades podrá vivir bien.

—A eso me refería con que no tiene sentido. Intentas disuadirme con esa mente retorcida que tienes.

—No estoy seguro de eso, pero puede que sí sea retorcido. Si lo soy, ya es demasiado tarde para mí. Debí volverme retorcido antes de que nuestra madre perdiera la cabeza, o justo antes de que el puente del ferrocarril del río Han saltase por los aires. Quizás antes de que nuestra única hermana pequeña, Myongsuk, se convirtiese en prostituta de los soldados americanos. No me malinterpretes; al menos pudimos conseguir un puesto libre en el mercado de Dongdaemun por aquel entonces. Quizás fue antes de que un maldito fragmento de metralla se me incrustase en el estómago y me reventase los intestinos. No, fue antes de todo eso. Fue antes de que me uniese a un ejército que todo el mundo había dejado de lado para vengarme de los enemigos de nuestra madre, como si de un patriota se tratase.

—...

—Debí haberme vuelto retorcido antes de eso, mucho antes. Quizás nacer retorcido hubiese sido lo mejor...

La cabeza de Yeongho se hundió y dejó escapar un suspiro. Cheolho estuvo mucho tiempo sin soltar ninguna palabra. Su esposa, sentada en la habitación exterior, se frotó inútilmente con la punta de los dedos las lágrimas, que caían al suelo. Yeongho también gimoteaba mientras se sorbía la nariz.

—Pero la vida no es así. Todavía no tienes ni idea de cómo debe vivir un hombre.

—Tienes razón, realmente no sé cómo debería vivir un hombre, pero si vamos a mantenernos con vida, sobreviviendo justo en este momento, cuando los hombres están unos encima de otros, creo que ya tengo una idea de cómo debo cuidarme.

Yeongho echó un vistazo hacia el techo y con los ojos llenos de lágrimas se rio como sise burlase de sí mismo.

«¡Vámonos!».

Otra vez madre pidió que nos fuéramos. Yeongho miró hacia donde estaba su madre y dejó caer un largo suspiro. De repente, la luz de la lámpara titiló y todas las sombras de alrededor de la habitación se sacudieron. Parecía como si toda la casa se moviese. Luego todo volvió a la calma. Desde algún lugar del callejón, llegó el ruido de pisadas fuertes. Se acercaron lentamente y se detuvieron justo en frente de la puerta de la habitación contigua.

Yeongho se giró en esa dirección. La puerta deformada se abrió después de un par de crujidos y su hermana menor, Myongsuk, entró. Con su traje negro de dos piezas, se parecía a cualquier chica dulce y joven que trabajara en una oficina.

—Llegas tarde.

Yeongho seguía sentado con las piernas estiradas y el cuello girado hacia atrás para mirar a Myongsuk. Ella se giró sin responder, se quitó los zapatos negros y los colocó en una esquina de la habitación contigua. Después arrojó su bolso a la otra esquina. Había acabado de colgar la blusa y la falda cuando se dejó caer en el suelo y se cubrió la cabeza con una manta.

Cheolho siguió mirando la luz de la lámpara en silencio. Estaba pensando en Myongsuk y en cómo la había visto una vez desde la ventana del tranvía de camino a casa desde el trabajo. Su tranvía se detuvo en las señales de tráfico en la intersección de Euljiro y él, sujeto de la correa superior del tranvía, no estaba mirando nada en concreto por la ventana cuando un jeep

del ejército americano estacionó al lado del tranvía. Una chica coreana con gafas de sol estaba sentada al lado del soldado que iba al volante. La chica era Myongsuk.

Allí, justo debajo de donde Cheolho estaba de pie, el americano, con una mano sobre el volante, agarró a Myongsuk acercándola con la mano libre y le dijo algo. Myongsuk, con las piernas cruzadas, asintió mientras miraba hacia delante.

Un taxi se detuvo al otro lado del jeep y el joven ayudante del conductor se rio con disimulo mientras miraba a Myongsuk y al soldado. Dentro del tranvía ocurría una situación parecida; dos jóvenes que estaban de pie junto a Cheolho murmuraban entre sí:

—Eso sí, ella sigue conservando su elegancia.

—¿Elegancia? Lo dirás por las gafas de sol.

—No es un mal negocio; no tienes que preocuparte por el dinero.

—Me pregunto si las de su calaña lograrán casarse.

—Mmm.

Cheolho soltó la correa, se giró y cruzó el pasillo hacia la puerta central, en el lado opuesto del vagón. No solo estaba abatido; era algo que no se podía describir con palabras, como si un trozo de carbón encendido se hubiese clavado en su garganta con fuerza. Sintió todo su ser aturdido. Como después de un bostezo, le hormigueó la nariz y le brotaron lágrimas de los ojos. Apretó los dientes, sintiendo el impulso repentino de romper con la cabeza el gran ventanal de cristal frente a él. La campana sonó y el tranvía se puso en movimiento. Cheolho apoyó el hombro contra la puerta y cerró los ojos.

A partir de aquel día, Cheolho no volvió a dirigirle la palabra a su hermana Myongsuk. Y ella, por su parte, pretendía ignorarlo.

—Vayámonos nosotros también ya a la cama.

Yeongho se levantó de su asiento y se estiró. Apagaron la lámpara y deslizaron la puerta corredera que se encontraba entre ambas estancias.

A pesar de estar cansado, Cheolho no consiguió conciliar el sueño. Era una noche tranquila, como si el tiempo se hubiese detenido. Su mujer, que parecía haber caído profundamente dormida, murmuró algo entre sueños. Cheolho empezó a cerrar los ojos y a sentirse en un lugar remoto. Finalmente, él también se estaba quedando dormido.

«¡Vámonos!».

La voz de la madre resonó con fuerza mientras todos dormían. Cheolho abrió los ojos de repente y ajustó la vista gradualmente a la oscuridad. Se preguntó qué día sería. La luz de la luna, que penetraba en la estancia a través de la rendija de la puerta, dibujó una línea recta azul desde la cabeza hasta los pies de su hija dormida. Cheolho volvió a cerrar los ojos, suspiró pesadamente y se giró hacia la pared.

«¡Vámonos!»., volvió a dejar escapar la madre.

No obstante, Cheolho no abrió los ojos. Incluso él se había vuelto a dormir rápidamente. Pero, esta vez, Myongsuk abrió los ojos en la habitación contigua. Acostándose entre su madre y su hermano mayor Yeongho, buscó lentamente y a tientas la mano de su madre. La carne apenas cubría sus huesos. No había calor en su mano, solamente una resbaladiza humedad. Myongsuk se dio la vuelta y se puso de cara a su madre. Volvió a tomar las manos huesudas de su madre entre las suyas.

«¡Vámonos!».

Hubiese sentido o no el tacto de su hija, la madre volvió a proferir las mismas palabras que había pronunciado con anterioridad.

«¡Mamá!»., fue el sonido que dejó salir Myongsuk en tono bajo mientras sacudía con delicadeza las manos huesudas de su madre.

«¡Vámonos!».

«¡Mamá!», dijo Myongsuk sollozando. Tomó la mano de su madre y se cubrió la boca con ella.

«¡Mamá!». Su respiración agitada empezó a normalizarse y sus sollozos dieron paso a suspiros mientras empezaba a mordisquear suavemente los dedos de su madre.

«No tienes nada de lo que tener miedo».

A su lado, Yeongho habló en sueños.

«¡Vámonos!».

Su madre se zafó de la mano de Myongsuk y se dio la vuelta. De nuevo, Myongsuk se cubrió con la manta hasta la cabeza y comenzó a llorar debajo de ella.

«Mamá».

En ese momento, la pequeña llamó a su madre desde la habitación exterior. Cheolho escuchó el sonido en la distancia, pero no se despertó.

—Mamá —repitió la pequeña.

—Sí, sí, ¿qué pasa? Mamá está aquí.

Cheolho se medio despertó con la voz de su mujer y oyó cómo cogía a la niña. Escuchando sus voces en la lejanía se volvió a quedar dormido.

—Pipí.

—¿Quieres hacer pipí? Arriba. Buena chica.

La esposa se sentó y levantó a la niña. Cogió una lata de la esquina y se la colocó debajo.

—¡Mira! El tío Yeongho te ha comprado unos zapatos. ¿Quieres ver lo bonitos que son?

Mientras sostenía con una mano a la pequeña apoyada sobre la lata, alcanzó con la mano libre los zapatos que estaban puestos al lado de su almohada. En la habitación iluminada tenuemente por la luz de la luna, el color y las formas se perdían en la oscuridad.

—¿Son míos, mamá?

—Sí, son tuyos.

—¿Son bonitos?

—Muy bonitos, son rojos.

—Mmm...

La voz de la niña sonaba soñolienta mientras cogía los zapatos y los abrazaba contra su pecho.

—Ahora déjalos y vamos a dormir.

—Mmm... ¿Puedo ponérmelos mañana?

—Claro.

La niña se acurrucó murmurando bajo la manta:

—Mamá, ¿puedo llevarlos mañana?

—Claro.

Siempre le habían dicho que valorase las cosas buenas y se aseguró preguntando otra vez. La esposa arropó bien a la niña con la manta y se acostó a su lado. Al poco, todos estaban dormidos otra vez. Por un tiempo, la luz de la luna brilló sobre el pecho de Cheolho. Lentamente la pequeña miró hacia arriba. Se dio la vuelta para ponerse boca abajo y extendió su pequeña mano por encima de la almohada, acariciando los zapatos. Tranquilizada, se quedó dormida. De nuevo todo estaba en silencio. Al poco tiempo, sin embargo, la pequeña volvió a moverse. Acercó los zapatos a la almohada y los acarició con los dedos. Entonces, esta vez se levantó, se sentó

y puso los zapatos en sus rodillas. Los sujetó y observó a la luz de la luna, dándoles la vuelta para ver las suelas. Las juntó y las frotó. Entonces sacó los pies y se puso los zapatos. Todavía sentada, intentó dar un paso en el suelo de la habitación.

«¡Vámonos!».

La pequeña se asustó. Se quitó los zapatos rápidamente y los puso donde estaban antes. Entonces observó los zapatos una vez más y se acostó sigilosa. Se acurrucó en la manta y se quedó dormida.

Cuando no se puede comer, la hora más difícil de aguantar es entre las dos y las tres. Cheolho tenía el ventilador encima de los libros de cuentas. Miró al chico de los recados sentado en la esquina. Quería beber algo, aunque fuese una taza de té de cebada tostada. Podía pedirle al chico de los recados que le trajese dos tazas, pero pedirle una tercera era demasiado. Cheolho se levantó de la silla. Cogió la taza de té de la esquina del escritorio y salió por la puerta. En el hornillo del pasillo había una gran tetera hirviendo. Llenó hasta arriba la taza de té. Desprendía un buen aroma. Cheolho cogió con dos dedos la taza caliente y se volvió despacio a su puesto, donde se volvió a sentar. Se acercó la taza a los labios y después sopló. Cuando estaba dando el primer sorbo con ganas, escuchó:

«Sr. Song, tiene una llamada».

El chico de los recados fue a informarle a su escritorio. Cheolho dejó la taza de té encima del escritorio de inmediato y fue a la mesa del director a coger el auricular.

«Sí, soy Song Cheolho. ¿Qué? ¿En la estación de policía...? ¿Que si soy el Song Cheolho del que habla? ¿Cómo? ¿Song Yeongho dice? ¿Qué? Sí, es mi hermano menor. ¿Qué? ¿Sí? ¿Sí? ¿Song Yeongho? ¿Qué...? ¿Habla de mi hermano Song Yeongho? Iré enseguida. Sí, sí».

Cheolho colgó el auricular y se quedó mirándolo distraído. Los ojos de todas las personas en la oficina estaban puestos sobre Cheolho.

—¿Ha pasado algo? ¿Su hermano menor ha tenido un accidente de tráfico? —dijo el director, que revolvía papeles mientras observaba a Cheolho, parado delante de él.

—¿Qué? Sí, director, debo salir un segundo.

Cheolho salió de la oficina dejando como estaba el té que había estado bebiendo mientras los compañeros, que desconocían el motivo, se lanzaban miradas unos a otros.

A Cheolho ya lo habían llamado varias veces para que fuera a la estación de policía. Si pillaban a su hermana Myongsuk ofreciéndose a soldados americanos, debía personarse para hacer de fiador. Cada vez que iba, Cheolho esperaba sentado sin poder mirar a la cara al oficial de policía hasta que llegaba Myongsuk acompañada por un policía y salían por la puerta de atrás de la comisaría sin decir una palabra. Siempre que pasaba, Cheolho lloraba. Era su única hermana, pero la odiaba y le tenía resentimiento. Sin mirar hacia atrás ni una vez, Cheolho caminaba siguiendo la calle del tranvía hacia su oficina, mientras que Myongsuk giraba por otra calle en algún punto, como si no lo conociese.

Sin embargo, esta vez no se trataba de su hermana, sino de su hermano Yeongho. Cheolho recordó por un momento la conversación de unas noches atrás con Yeongho borracho. Le hacía sentirse inquieto. No, no podía ser. Se preparó otra vez y atravesó la puerta de la estación.

Robo a mano armada.

Cheolho, al escuchar los detalles del incidente en que su hermano estaba envuelto de boca del detective, solo podía mirar boquiabierto como un tonto al detective. Se le fue demudando el color de la cara y sintió cómo se solidificaba una máscara inexpressiva.

Las nóminas de una empresa por valor de quince millones de hwans se habían retirado de un banco y cargado en un jeep a la espera. Entonces, dos

personas extrañas con sombrero de ala corta calado y gafas de sol subieron al jeep y sacaron las pistolas.

«¡No tienes nada que temer! ¡Tan solo conduce directo hacia Ui-dong!».

El conductor y el empleado de la compañía con él dijeron que fueron hasta Ui-dong sintiendo las frías puntas de las pistolas en sus espaldas. Contaron cómo pararon el jeep en un bosque remoto y cómo ambos salieron del coche que los dejó ahí. Después, los desconocidos asaltantes continuaron conduciendo. El conductor y el empleado abandonados allí se dirigieron de vuelta a la ciudad a toda velocidad. Sin embargo, el jeep no llegó ni a Miari cuando un policía los detuvo. En ese momento, dentro del coche solo quedaba uno de los asaltantes.

Cuando el detective le preguntó si Cheolho quería ver a su hermano, él, agotado, se quedó con los brazos muertos sobre las rodillas sin contestar. Al final, la puerta posterior de la oficina del detective se abrió y ahí estaba Yeongho.

—¡Ven aquí!

Yeongho avanzó lentamente con las manos esposadas por delante hacia la mesa del detective. Allí se sentó en una silla frente a Cheolho, a quien saludó con un leve gesto de cabeza. Cheolho taladró con la mirada el rostro de su hermano, mientras sus delgadas mejillas se estremecían. Cuando le dolía algo, solía rechinar las muelas con fuerza. El detective señaló a Cheolho con la mirada y Yeongho lo miró.

—Lo siento, Cheolho. Tropecé con sentimientos humanos. Saltarse la ley fue fácil, pero... debimos dispararles...

Yeongho escrudiñó la cara de su hermano mientras sonreía. Entonces bajó la cabeza hacia un lado y, como si disparase una pistola, apretó suavemente el gatillo con el índice de la mano derecha.

Cheolho observó sin pestañear la frente sobre la que le caía desordenado, como siempre, el pelo a Yeongho.

—Vete, hermano —dijo Yeongho en voz baja. Le dio vergüenza ver a su hermano de pie como un tonto.

—Encarceladlo —dijo el detective dirigiéndose al policía que vigilaba la puerta.

Yeongho se dirigió hacia el policía que se le acercaba. Mientras se lo llevaban por la puerta, se paró y miró hacia atrás.

—Hermano, lleva a la pequeña, aunque sea una vez, al centro comercial Hwasin. Se lo prometí.

La puerta se cerró con un portazo y Cheolho se quedó de pie mirando la puerta por la que había desaparecido Yeongho. Los ojos se le nublaron; no podía ver nada.

—Parece que no hizo uso de sus derechos desde el principio —murmuró el agente mientras apartaba a un lado el informe policial. Cheolho se quedó sentado en el taburete sin moverse—. Por casualidad, no sabría quién sería el otro joven, ¿no? —Las palabras del agente sonaban muy lejanas en los oídos de Cheolho—. Insiste en que actuó solo, pero había mucha gente, por lo que confesaré al final.

Cheolho seguía sin decir palabra.

Tras salir de la comisaría, Cheolho no tenía idea de adónde ni cómo había llegado. Subió la cuesta que iba a su casa con las piernas tambaleantes como si estuviese borracho y entró al callejón.

«¡Vámonos!».

Cheolho se detuvo y echó la cabeza hacia atrás, pero no miraba al cielo. Exhaló fuertemente un suspiro y un quejido y rompió a llorar. Las lágrimas se deslizaron por su nariz y cayeron saladas por su garganta.

«Vámonos. Vámonos ¿A dónde vamos a ir? Maldita sea, ¿a dónde vamos a ir?».

Cheolho dejó escapar un sonoro sollozo. Bajo el alero del tejado, unos niños jugando a las casitas se levantaron ligeramente mientras lo miraban. Cheolho los ignoró a su paso.

«Hermano, ¿dónde has estado?».

Cheolho entró en la casa y entonces comprendió que quien le había hecho la pregunta con voz dulce era Myongsuk desde una esquina, detrás del cesto de mimbre abierto. En la habitación había varias prendas parecidas a trapos, apiladas. Su hija se encontraba agachada junto al cesto, observando las viejas prendas como si de algo inusualmente preciado se tratara. Cheolho, en vez de preguntar dónde estaba su mujer, se desplomó en el lugar más cálido de la casa.

—Ve rápido al hospital —le dijo Myongsuk dándole todavía la espalda y rebuscando en el cesto.

—¿Al hospital?

—Así es.

—¿Al hospital?

—Tu mujer está muy grave. El niño no puede salir.

—¿Qué?

A Cheolho se le nubló la vista. Las contracciones habían empezado a la hora de comer, pero el niño no podía salir. Lo había intentado hasta casi la muerte, pero al final no salió la cabeza, sino una pierna. En ese momento se la llevaron al hospital. Llamaron a la oficina de Cheolho, pero dijeron que no estaba.

—Puede que el bebé haya nacido ya. Si no...

Myongsuk doblaba trozos de tela blanca y los dejaba a un lado mientras hablaba. Parecían pañales de bebé. Sin embargo, era extraño. Poco antes, la agitación que sentía se había disuelto suavemente y se había quedado sin fuerzas. Cheolho sintió cómo se le despejaba la cabeza finalmente.

Se sentía igual que al día siguiente de recuperarse de la malaria, sin fuerzas, pero con la cabeza plenamente despejada. Por qué hay que alarmarse, se preguntó en su nueva calma. Era un sentimiento parecido a cuando empezaba una nueva tarea en la oficina. Cheolho sacó un cigarrillo de su bolsillo y se lo llevó a la boca. Se levantó y abrió la puerta.

—¿A dónde vas? —Se giró Myongsuk a ver.

—Al hospital.

—Pero si no sabes a qué hospital han ido. —Eso pensaba Cheolho—. Tienes que ir al hospital S.

—...

Cheolho puso lentamente un pie en la puerta.

—Tendrías que llevar algo de dinero, ¿no?

—Dinero...

Cheolho entró de nuevo por la puerta y se quedó mirando distraídamente la punta de sus pies. Myongsuk se puso de pie y bajó a la habitación. Cogió el bolso colgado de la pared.

—Jesús.

Un ramo de flores de cien hwans cayó al suelo a los pies de Cheolho. Myongsuk se dio de nuevo la vuelta para preparar algo más. Cheolho observó con una mirada vacía a Myongsuk por detrás y reparó en sus talones. Las medias de nailon tenían unos agujeros tan grandes como huevos. Sintió cierta limpieza en aquellos calcetines agujereados en los talones. Después de mucho tiempo, Cheolho sintió el afecto de un hermano mayor por Myongsuk.

«¡Vámonos!», gritó la madre en un único alarido.

Cheolho bajó la mirada al fajo de dinero a sus pies y dobló la espalda. Los ojos le quemaban como si estuviesen llenos de humo.

—¿Papá, vas al hospital? ¿Ha nacido ya el bebé?

—Eso es.

Cheolho metió el dinero en el bolsillo de su chaqueta y salió por la puerta.

«¡Vámonos!».

Una vez más el grito de la madre de Cheolho resonaba detrás de él mientras escapaba del callejón.

Su mujer había muerto.

«Oh, vaya».

Cheolho tenía una expresión mucho más tranquila que la de la enfermera. Caminó por el largo pasillo tambaleándose hasta el amplio vestíbulo. No preguntó siquiera dónde estaba el cuerpo. Tenía la sensación de que había terminado una tarea molesta. No, era también el sentimiento pesado de que debía hacer muchas cosas. A pesar de ello, era incapaz de recordar qué debía hacer. Cheolho se quedó distraído en el vestíbulo del hospital con la idea de que ya no había ninguna prisa.

Después de un tiempo, salió por la puerta principal y caminó lentamente por la calle por la que pasaba el tranvía. De repente, una bicicleta le rozó el codo sin detenerse. Cheolho se detuvo. Sin darse cuenta, estaba yendo hacia su oficina. Eran mucho más de las seis. Ya no tenía ninguna tarea de la que encargarse. Cruzó las vías del tranvía y continuó un poco más. Se paró de nuevo. Esta vez, poco después, llegó a la comisaría a la que había ido por la mañana. Otra vez se volvió y continuó caminando. No tenía pensamiento de volver a casa y sus pasos de autómatas le dirigieron a Namdaemun. Papelerías, tiendas de radios, estudios fotográficos, confiterías... Veía esas tiendas alineadas en la calle echando un vistazo a cada uno de los escaparates mientras caminaba, sin ver realmente qué exhibían.

Cheolho se paró de pie. Delante de sus ojos había un cartel que se quedó observando. Una placa del tamaño de un tablero de ajedrez en la que se podía leer «dentista» con letras rojas. De repente, Cheolho sintió que le dolía la

muela. Las caries que le había estado molestando desde por la mañana, no, puede que desde mucho antes, le empezaron a doler de repente. A decir verdad, le dolían las muelas de ambos lados, de arriba y de abajo. De hecho, no podía decir cuál de ellas era la que le dolía. Cheolho metió la mano en el bolsillo y encontró un fajo de diez mil hwans. Subió al segundo piso siguiendo el cartel del dentista.

Se sentó en la silla del médico con la cabeza hacia atrás y la boca bien abierta. El dentista hacía un ruido metálico al meter y sacar distintos instrumentos en su boca. Cheolho, extenuado, se quedó dormido. Sin pensar en nada y con la boca abierta, se quedó con los ojos cerrados.

—Duele un poco, ¿verdad? Las raíces estaban muy retorcidas.

El dentista le mostró el diente que había extraído, aún en las pinzas. Trozos de carne aún colgaban de la asquerosa raíz completamente podrida y negra. Cheolho, mordiendo el trozo de algodón, movió la cabeza de izquierda a derecha. La verdad era que, aunque doliese, no podía sentir nada.

—Listo, en una hora y media podrá retirar el algodón. Saldrá un poco de sangre de la herida.

—¿Puede quitarme la muela de este otro lado?

Cheolho se inclinó sobre la escupidera y escupió sangre antes de llevarse una mano a la mejilla para presionarla.

—No puedo realizar dos extracciones molares seguidas. Sangraría demasiado.

—No pasa nada.

—No, mañana se la sacaré.

—Sáquemela, por favor. Sáquelas todas de una vez, por favor.

—Imposible, cada extracción necesita ser tratada adecuadamente.

—¿Tratada? No puedo esperar tanto. Sáquela ahora mismo.

—De verdad, no puedo hacerlo. Si pierde demasiada sangre, sería un gran problema.

No podía hacer más. Cheolho salió del dentista y continuó caminando. Sentía la encía como aturdida y le dolía, pero también sentía una sensación de alivio. Se acarició la mejilla con una mano.

Al poco tiempo, se encontró otro cartel que anunciaba una clínica dental. También estaba en el segundo piso.

«No lo haría».

Este dentista también se negó, pero Cheolho insistió en que no pasaba nada hasta conseguir que le extrajera la otra muela. Esta vez salió con dos trozos de algodón para morder y las mejillas hinchadas como castañas. Sentía toda la boca salada, por lo que de vez en cuando paraba para escupir al borde de la calle. Cada vez que lo hacía salía una masa coagulada de sangre fresca color escarlata.

Giró a la derecha en Namdaemun y vio la estación de Seúl cuando sintió un escalofrío en el cuerpo. Tenía un dolor de cabeza tan fuerte que le hizo pensar que se la habían vaciado. Justo en ese momento, las farolas se encendieron como un relámpago, iluminando de una vez la calle, pero justo después se apagaron y la calle se tornó más oscura que antes. Cheolho cerró los ojos con fuerza y los abrió otra vez. A pesar de ello, seguía estando igual. Entonces pensó que era porque tenía el estómago vacío. De repente, se dio cuenta de que no había comido nada a la hora de la comida ni de la cena. Pensó que debía echarse algo a la boca. Recordó lo apetitoso que era el seolleongtang y la boca se le hizo agua. Se agachó bajo un poste eléctrico y, al sentarse, escupió saliva. Sin embargo, no era saliva, sino sangre espesa. Se levantó otra vez y de nuevo un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. Parecía que las piernas le temblaban un poco. Pensó que debía encontrar un restaurante rápido mientras andaba titubeante en dirección a la estación de Seúl.

«Seolleongtang».

Pidió el cuenco de sopa de ternera como si se tratara del nombre de una medicina, dejándose caer sobre una mesa. Una vez más, en el interior de la boca se le volvió a acumular aquel líquido salado. Cheolho levantó la cabeza. Suspirando, miró alrededor dentro del restaurante. La cabeza le daba vueltas debido al mareo. Se levantó y salió a toda prisa por la puerta. Se acercó a una alcantarilla en el callejón de al lado del restaurante, se agachó y escupió el líquido que tenía dentro de la boca. Como estaba oscuro, no pudo ver si era otra vez sangre o saliva. Se levantó y se limpió los labios con la manga de la chaqueta. Le dolía mucho la zona del diente extraído y, como respuesta, las sienes empezaron a dolerle intensamente. Cheolho pensó que algo iba muy mal y que debía regresar rápidamente a casa para tumbarse. Salió otra vez a la avenida. Justo en ese momento, un taxi se acercaba y él agitó la mano. Cheolho se dejó caer dentro del taxi como si lo hubieran tirado.

—¿A dónde vamos señor?

El taxi ya se estaba moviendo.

—Haebangchon.

El coche aminoró la marcha suavemente y realizó un giro para ir a Haebangchon. El conductor buscó vehemente un hueco para colarse rápidamente en el tráfico. Donde se coló, el tráfico ya no era tan intenso. El conductor manejaba el volante bruscamente. En ese momento, el volante y su cuerpo parecían estar endemoniados. Desde el asiento de atrás, Cheolho gritó:

—¡No, vamos al hospital S!

Cheolho pensó de repente en la muerte de su esposa. El conductor dio de nuevo un volantazo y giró. El ayudante sentado junto al conductor se giró para mirar a Cheolho, que estaba sentado en una esquina del asiento de atrás con el cuerpo encogido, la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. El coche estaba girando en la avenida en frente del Banco de Corea. En ese momento, Cheolho gritó desde el asiento trasero:

—¡No, vamos a la estación de policía X!

Cheolho, con los ojos cerrados, pensó que su mujer ya estaba muerta. Afortunadamente, el coche no necesitó cambiar de dirección, sino que siguió su camino.

—Estamos frente a la estación de policía X.

Cheolho abrió los ojos y se incorporó; sin embargo, se desplomó de nuevo.

—No, vámonos.

—Señor, es la estación de policía X.

El ayudante se giró y dijo:

—¡Vámonos!

Cheolho todavía tenía los ojos cerrados.

—¿A dónde vamos?

—No sé, vamos.

—Vaya pena de hombre.

—...

—¿Está borracho?

El taxista miró de soslayo a su ayudante.

—¿Eso parece?

—Menuda suerte haber cogido a una de esas balas perdidas por cliente. No sabe ni a dónde quiere ir.

El taxista metió la marcha farfullando. Dentro de su aletargamiento, Cheolho escuchaba el farfullo del conductor lejanamente. En su corazón, pensó para sí mismo: «El deber de un hijo. El deber de un marido. El deber de un padre. El deber de un hermano mayor para mi hermano y hermana. Y

también el deber de un oficinista. Son muchos los deberes que hay que cumplir. Hay demasiados. Puede que sea cierto lo que dices, que sea una bala perdida del Creador. Realmente no sé a dónde voy, pero ahora solo sé que debo ir a algún sitio».

Cheolho comenzó a tener más y más sueño. Tenía la sensación de que la cabeza estaba perdiendo sensaciones como cuando se te duerme una pierna.

«¡Vámonos!».

Cheolho pensó que escuchaba la voz de su madre en su oído. Al pensar en ella se dejó caer.

El coche llegó a un cruce. La luz del semáforo se puso en rojo y el coche se paró. El ayudante volvió a echar la vista atrás preguntando:

—¿A dónde vamos?

Cheolho, con la cabeza completamente vencida, no respondió. La larga caravana de coches se empezó a mover sin remedio. Cheolho no sabía qué calle sería su destino. La campana que regulaba el tráfico sonó con un tintineo y el largo coche se empezó a mover. Cheolho, atrapado en el tráfico, aún no sabía su destino. El coche cruzó la intersección bajo la luz verde del semáforo mientras sangre fresca se deslizaba de la boca de Cheolho, manchando la pechera de su camisa blanca.



---

이범선 – 오발탄

---

UNA BALA PERDIDA

---



# 계

리사(計理士) 사무실 서기 송철호(宋哲浩)는 여섯 시가 넘도록 사무실 한구석 자기 자리에 멍청하니 앉아 있었다. 무슨 미진한 사무가 있는 것도 아니었다. 장부는 벌써 접어 치운 지 오래고 그야말로 멍청하니 그저 앉아 있는 것이었다. 딴 친구들은 눈으로 시곗바늘을 밀어 올리다시피 다섯 시를 기다려 후닥닥 나가버렸다. 그런데 점심도 못 먹은 철호는 허기가 나서만이 아니라 갈 데도 없었다.

“송 선생님은 안 나가세요?”

이제 청소를 해야 할 테니 그만 나가 달라는 투의 사환애의 말에 철호는 다 낡아빠진 해군 작업복 저고리 호주머니에 깊숙이 찌르고 있던 두 손을 빼내어서 무겁게 책상 위에 올려놓았다.

“나가야지”

하품 같은 대답이었다.

사환애는 저쪽 구석에서부터 비질을 하기 시작하였다. 먼지가 사정없이 철호의 얼굴로 몰려왔다.

철호는 어슬렁 일어섰다. 이쪽 모서리 창가로 갔다. 바깥의 물을 대야에 따랐다. 두 손을 끝에서부터 가만히 물속에 담갔다. 아직 이른 봄이라 물이 꽤 손끝에 시렸다. 철호는 물속에 잠긴 두 손을 물끄러미 내려다보고 있었다. 펜대에 시달린 오른손 장지 첫마디에 콩알만 한 못이 박혔다. 그 못에서 파란 명주실 같은 것이 사르르 물속으로 풀려났다. 잉크. 그것은 잠시 대야 밑바닥을 기다 말고 사뿐히 위로 떠올라 안개처럼 연하게 피어서 사방으로 번져나갔다. 손가락 끝을 중심으로 하고 그 색의 농도가 점점 연해져 갔다. 맑게 갠 가을 하늘색으로 대야 가장자리까지 번져나간 그것은 다시 중심의 손끝을 향해 접어들며 약간 진한 파랑색으로 달무리 모양 동그란 원을 그렸다.

피! 이걸 분명히 피다!

철호는 엉뚱한 생각을 하고 있었다. 슬그머니 물속에서 손을 빼내었다. 그러자 이번엔 대야 밑바닥에 한 사나이의 얼굴을 보았다. 철호의 눈을 마주 쳐다보는 그 사나이는 얼굴의 온 근육을 이상스레 히물히물 움직이며 입을 비죽거리 웃고 있었다.

이마에 길게 흐트러진 머리카락. 그 밑에 우묵하니 팬 두 눈. 깎아진 볼. 날카롭게 여윈 턱. 송장처럼 꺼멍고 윤기 없는 얼굴. 그것은 까마득한 원시인(原始人)의 한 사나이였다.

몽둥이 끝에, 모난 돌을 하나 침낭쿨로 아무렇게나 잡아매서 들고, 동굴 속에 남겨두고 나온 식구들을 위하여 온종일 숲 속을 맨발로 헤매고 다니던 사나이.

곰? 그건 용기가 부족하다.

멧돼지? 힘이 모자란다.

노루? 너무 날쌔어서.

꿩? 그놈은 하늘을 난다.

토끼? 토끼. 그래, 고놈쯤은 꽤 때려잡음 직하다. 그런데 그것마저 요즈음은 뒤편에 잘 돌아오지 않는다. 사냥꾼이 너무 많다. 토끼보다도 더 많다.

그래도 무어든 들고 들어가야 하는 것이다.

사나이는 바위 잔등에 무릎을 꿇고 앉아 냇물에 손을 씻는다. 파란 물속에 빨간 노을이 잠겼다. 끈적끈적하게 사나이의 손에 묻었던 피가 노을빛보다 더 진하게 우러난다.

무엇인가 때려잡은 모양이다. 곰? 멧돼지? 노루? 꿩? 토끼?

그런데 사나이가 들고 일어선 것은 그 어느 것도 아니었다. 보기에도 징그러운 내장. 그것이 무슨 짐승의 내장인지는 사나이 자신도 모른다. 사나이는 그 짐승의 머리도 꼬리도 못 보았다. 누군가가 숲 속에 끌어내어 버린 것을 주워 오는 것이었다.

철호는 옆에 놓인 비누를 집어 들었다. 마구 두 손바닥으로 비볐다. 오구구 까닭 모를 울분이 끓어올랐다.

빈 도시락마저 들지 않은 손이 홀가분해 좋긴 하였지만, 해방촌 고개를 추어오르기에는 뱃속이 너무 허전했다.

산비탈을 도려내고 무질서하게 주워 붙인 판잣집들이었다. 철호는 골목으로 접어들었다. 레이션 곱<sup>1</sup> 을 뜯어 덮은 처마가 어깨를 스칠 만치 비좁은 골목이었다. 부엌에서들 아무 데나 마구 버린 쓰레기가 미끄러운 길에는 구공탄 재가 군데군데 헌데 더뎡이 모양 깔렸다.

저만치 골목 막다른 곳에, 누런 시멘트 부대 종이를 흰 실로 열기설기 문살에 얹어맨 철호네 집 방문이 보였다. 철호는 때에 절어서 마치 가죽 끈처럼 된 형겅이 달린 문걸쇠<sup>2</sup> 를 잡아당겼다. 손가락이라도 드나들 만치 영성한 문이면서 찌꺼끼겨 집혀서 잘 열리지를 않았다. 아래가 잔뜩 잡힌 채 비틀어진 문틈으로 그의 어머니의 소리가 새어 나왔다.

"가자! 가자!"

미치면 목소리마저 변하는 모양이었다. 그것은 이미 그의 어머니의 조용하고 부드럽던 그 목소리가 아니고, 짹짹하고 간사한 게 어떤 딴 사람의 목소리였다.

---

<sup>1</sup> 레이션 곱. 식량이나 보급품 상자.

<sup>2</sup> 문걸쇠. '문고리'의 방언.

문을 열고 들어서는 철호의 얼굴에 걸레 썩는 냄새 같은 것이 확 풍겨왔다. 철호는 문 안에 들어선 채 우두커니 아랫목을 내려다보고 있었다. 중학교 시절에 박물관에서 미라를 본 일이 있었다. 그건 꼭 숨 누더기에 싸놓은 미라였다. 흰 머리카락은 한 오리도 제대로 놓인 것이 없었다. 그대로 수세미였다. 그 어머니는 벽을 향해 돌아누워서 마치 딸꾹질처럼 일정한 사이를 두고, 가자 가자 하는 외마디소리를 지르고 있었다. 그 해골 같은 몸에서 어떻게, 그런 짹짹한 소리가 나오는지 이상하였다.

철호는 뒷방으로 올라가 털썩 벽에 기대어 앉아버렸다. 가슴에 커다란 납덩어리를 올려놓은 것 같았다. 정말 영영 소리를 내어 울고 싶었다. 눈을 꼭 지리감으며<sup>3</sup>에서 침을 삼켰다.

두 달 전까지만 해도 철호는 저녁때 일터에서 돌아오면, 어머니야 알아듣건 말건 그래도 어머니 지금 돌아왔습니다 하고 인사를 하곤 하였다. 그러나 요즈음은 그것마저 안 하게 되었다. 그저 한참 물끄러미 굽어보고 섰다가 그대로 뒷방으로 올라와 버리는 것이었다.

컴컴한 구석에 앉아 있던 철호의 아내가 슬그머니 일어섰다. 담요 바지 무릎을 한쪽은 꺼멍, 또 한쪽은 회색으로 기웠다. 만식이 되어서 꼭 바가지를 얹어놓은 것 같은 배를 안은 아내는 몽유병자처럼 철호의 앞을 지나 나갔다. 부엌으로 나가는 것이었다. 분명 병어리는 아닌데 아내는 말이 없었다.

"아버지."

철호는 누가 꼭대기를 쿡 쥐어박기나 한 것처럼 흠칫했다.

바로 옆에 다섯 살 난 딸애가 눈을 동그랗게 뜨고 철호를 쳐다보고 있었다. 철호는 어린것에게로 얼굴을 돌렸다. 웃어 보이려는 철호의 얼굴이 도리어 흉하게 이지러졌다.

"나아, 삼춘이 나이롱 치마 사준댔다."

"응."

---

<sup>3</sup> 지리감다. '지르감다'의 북한어. 눈을 찌그리어 감다.

"그리구 구두두 사준됐다."

"응."

"그러면 나 엄마하고 화신<sup>4</sup> 구경 간다."

"....."

철호는 그저 어린것의 노랑게 뜯 얼굴을 바라보고 있을 뿐이었다. 철호의 흰 셔츠 허리통을 잘라서 위에 끈을 꿰어 스커트로 입은 딸애는 짝짝이 양말 목달이에다 어디서 주운 것인지 가는 고무줄을 끼웠다.

"가자! 가자!"

아랫방에서 또 어머니의 그 저주 같은 소리가 들려왔다. 벌써 칠 년을 두고 들어와도 전연 모를 그 어떤 딴사람의 목소리.

철호는 또 눈을 꼭 감았다. 머릿속의 뉘줄이 팽팽히 헤워졌다.<sup>5</sup> 두 주먹으로 무엇이건 콧 때려 부수고 싶은 충동에 철호는 어금니를 바서저라 맞씹었다.

좀 춥기는 해도 철호는 집 안보다 이 바위 잔등이 더 좋았다. 그래 철호는 저녁만 먹으면 언제나 이렇게 집 뒤 산등성이에 있는 바위 위에 두 무릎을 세워 안고 앉아서 하염없이 거리의 등불들을 바라보며 밤 깊기를 기다리는 것이었다. 어느 거리쯤인지 잘 분간할 수 없는 저 밑에서, 술 광고 네온사인이 핑그르르 돌고 깜빡 꺼졌다가 또 번뜩 켜지고, 핑그르르 돌고는 깜빡 꺼지고 하였다.

철호는 그저 언제까지나 그렇게 그 네온사인을 지켜 보고 있었다.

바위 잔등이 차츰차츰 식어왔다. 마침내 다 식고 겨우 철호가 깔고 앉은 그 부분에만 약간 온기가 남았다. 이제 조금만 더 있으면 밑이 시려올 것이다. 그러면 철호는 하는 수 없이 일어서야 하는 것이다.

드디어 철호는 일어섰다. 오래 꾸부려 붙이고 있던 두 다리가 저렸다. 두 손을 작업복 호주머니에 깊숙이 찔렀다. 철호는 밤하늘을 한번

---

<sup>4</sup> 화신. 우리나라 최초의 백화점인 화신백화점.

<sup>5</sup> 헤우다. 줄 따위가 팽팽하게 당겨지다. 또는 그렇게 하다.

쳐다보았다. 지금까지 바라보던 밤거리보다 더 화려하게 별들이 뿌려져 있었다. 철호는 그 많은 별들 가운데서 북두칠성을 찾아보았다. 머리를 뒤로 젖혀 하늘을 쳐다보는 채 빙그르르 그 자리에서 돌았다. 거꾸로 달린 물주걱 같은 북두칠성은 쉽사리 찾아낼 수 있었다. 그 북두칠성 앞에 단 별들보다 좀 크고 빛나는 별. 그건 북극성이었다. 철호는 지금 자기가 서 있는 지점과 북극성을 연결하는 직선을 밤하늘에 길게 그어보았다. 그리고 그 선을 눈이 닿는 데까지 연장시켰다. 철호는 그렇게 정북(正北)을 향하여 한참이나 서 있었다. 고향 마을이 눈앞에 떠올랐다. 마을의 좁은 길까지, 아니 그 길에 박혀 있던 돌 하나까지도 선히 볼 수 있었다.

으스스 몸이 떨렸다. 한기가 전기처럼 발끝에서 튀어 콧구멍으로 빠져나갔다. 철호는 크게 재채기를 하였다. 그리고 또 한 번 부르르 몸을 떨며 바위 밑으로 내려왔다.

철호는 천천히 골목 안으로 들어섰다.

"가자!"

철호는 멈칫 섰다. 낮에는 이렇게까지 멀리 들리는 줄은 미처 몰랐던 어머니의 그 소리가 골목 어귀에까지 들려왔다.

"가자!"

그러나 언제까지 그렇게 골목에 서 있을 수도 없는 노릇이었다. 철호는 다시 발을 옮겨놓았다. 정말 무거운 발걸음이었다. 그건 다리가 저려서만이 아니었다.

"가자!"

철호가 그의 집 쪽으로 걸음을 옮겨놓을 때마다 그만치 그 소리는 더 크게 들려왔다.

가자는 것이었다. 돌아가자는 것이었다. 고향으로 돌아가자는 것이었다. 옛날로 되돌아가자는 것이었다. 그것은 이렇게 정신이상인 생기기 전부터 철호의 어머니가 입버릇처럼 되풀이하던 말이었다.

삼팔선. 그것은 아무리 자세히 설명을 해주어도 철호의 늙은 어머니에게만은 아무 소용없는 일이었다.

"난 모르겠다. 암만해도 난 모르겠다. 삼팔선. 그래 거기에다 하늘에 꼭 닿도록 담을 쌓았던 말이나 어쨌단 말이나. 제 고장으로 제가 간다는데 그래 막을 놔미 도대체 누구란 말이나."

죽어도 고향에 돌아가서 죽고 싶다는 철호의 어머니였다. 그러고는,  
"이게 어디 사람 사는 게냐. 하루 이틀도 아니고."

하며 한숨과 함께 무릎을 치며 꺼지듯이 풀썩 주저앉곤 하는 것이었다.  
그럴 때마다 철호는,

"어머니, 그래도 남한은 이렇게 자유스럽지 않아요?"

하고 남한이니까 이렇게 생명을 부지하고 살 수 있지, 만일 북쪽 고향으로 간다면 당장에 죽는 것이라고, 자유라는 것이 얼마나 소중한 것인가를, 갖은 이야기를 다 예로 들어가며 어머니에게 타일러보는 것이었다. 그러나 자유라는 것을 늙은 어머니에게 이해시키기란 삼팔선을 인식시키기보다도 몇 백 갑절 더 힘든 일이었다. 아니 그것은 거의 불가능한 일이라 하겠다. 그래 끝내 철호는 어머니에게 자유라는 것을 설명하는 일을 단념하고 말았다. 그렇게 되고 보니 철호의 어머니에게는 아들---지지리 고생을 하면서도 고향으로 돌아갈 생각만은 죽어도 하지 않는 철호가 무슨 까닭인지는 몰라도 늙은 에미를 잡으려고 공연한 고집을 피우고 있는 천하에 고약한 놈으로만 여겨지는 것이었다.

그야 철호에게도 어머니의 심정이 이해되지 않는 것은 아니었다.

무슨 하늘이 알만치 큰 부자는 아니었지만 그래도 꽤 큰 지주로서 한 마을의 주인 격으로 제법 풍족하게 평생을 살아오던 철호의 어머니 눈에는 아무리 그네가 세상을 모른다고 해도, 산등성이를 악착스레 깎아내고 거기에다 게딱지같은 판잣집을 다닥다닥 붙여놓은 이 해방촌이 이름 그대로 해방촌(解放村)일 수는 없는 노릇 이었다.

"나두 내 나라를 찾았다게 기뻐서 울었다. 영영 울었다. 시집올 때 입었던 홍치마를 꺼내 입구 춤을 추었다. 그런데 이 꼴 동다. 난 싫다. 아무래두 난 모르겠다. 뭐가 잘못됐건 잘못된 너머 세상이지그래."

철호의 어머니 생각에는 아무리 해도 모를 일이었던 것이었다. 나라를 찾았다면서 집을 잃어버려야 한다는 것은, 그것은 정말 알 수 없는

일이었던 것이었다.

철호의 어머니는 남한으로 넘어온 후로 단 하루도 이 가자는 말을 하지 않은 날이 없었다.

그렇게 지내오던 그날, 육이오사변으로 바로 발밑에 뻗히 내려다보이는 용산 일대가 폭격으로 지옥처럼 무너져 나가던 날 끝내 철호는 어머니를 잃어버리고 말았던 것이었다.

"큰애야, 이젠 정말 가자. 데것 봐라. 담이 흠싹 무너졌는데. 삼팔선의 담이 데렇게 무너졌는데. 야."

그때부터 철호의 어머니는 완전히 정신이상이었다. 지금의 어머니, 그것은 이미 철호의 어머니가 아니었다. 아무리 따져보아도 그것이 철호 자기의 어머니일 수는 없었다. 세상에 아들딸마저 알아보지 못하는 어머니가 있을 수 있는 것일까? 그날부터 철호의 어머니는,

"가자! 가자!"

하고 저렇게 짹짹한 목소리로 외마디소리를 지를 뿐 그 밖의 모든 것을 완전히 잃어버리고 있었다. 철호에게 있어서 지금의 어머니는 말하자면 어머니의 시체에 지나지 않았다.

뚫어진 창호지 구멍으로 그래도 희미한 불빛이 새어 나오고 있었다. 철호는 윗방 문을 열었다. 아랫방과 윗방 사이 문턱에 위태롭게 올려놓은 등잔이 개똥벌레처럼 가물거리고 있었다. 윗방 아랫목에는 딸애가 반듯이 누워서 잠이 들었다. 담요를 몸에다 돌돌 말고 반듯이 누운 것이 꼭 송장 같았다. 그 옆에 철호의 아내가 두 무릎을 꿇고 앉아 있었다. 꺼먼 헝겊과 회색 헝겊으로 기운 담요바지 무릎 위에는 빨강색 유단으로 만든 조그마한 운동화가 한 켤레 놓여 있었다. 철호가 방 안에 들어서자 아내는 그 어린애의 빨간 신발을 모두어 자기 손바닥에 올려놓아 철호에게 들어 보였다.

"삼촌이 사 왔어요."

유난히 살눈썹<sup>6</sup> 이 긴 아내의 눈이 가늘게 웃었다. 참으로 오래간만에

---

<sup>6</sup> 살눈썹, '속눈썹'의 북한말.

보는 아내의 웃음이었다. 자기가 미인이었다는 것을 잊어버리고 만 지 오랜 아내처럼 또 오래 보지 못하여 거의 잊어버려가던 아내의 웃는 얼굴이었다.

철호는 등잔이 놓인 문턱 가까이 가서 앉으며 아내의 손에서 빨간 어린애의 신발을 받아 눈앞에서 아래위를 살펴보았다.

"산보 갔었소?"

거기 등잔불을 사이에 두고 뒷방을 향해 앉은 철호의 동생 영호(英浩)가 웃으며 철호를 쳐다보았다.

"언제 들어왔니."

"지금 막 들어와 앉는 길입니다."

그리고 보니 영호는 아직 넥타이도 끄르지 않고 있었다.

"형님!"

새삼스레 부르는 동생의 소리에 철호는 손에 들었던 어린애의 신발을 아내에게 돌리며 영호의 얼굴을 빤히 바라보았다.

"이제 우리두 한번 살아봅시다. 제길, 남 다 사는데 우리라구 밤낮 이렇게만 살겠수. 근사한 양옥도 한 채 사구, 장기판만 한 문패에다 형님의 이름 석 자를, 제길 장님도 보게 써서 대못으로 땅땅 때려 박구 한번 살아봅시다."

군대에서 나온 지 이 년이 넘도록 아직 직업도 못 잡은 영호가 언제나 술만 취하면 하는 수작이었다.

"그리구 이천만 환짜리 세단차도 한 대 샅시다. 거기 다 똥통이나 싼고 다니게. 모든 새끼들이 아니꼬워서. 일이야 있건 없건 종일 뽕뽕 울리면서 동리를 들락날락해야지. 제길, 하하하."

비스듬히 벽에 기대어 앉은 영호는 벌겍게 열에 뜬 얼굴을 하고 담배 연기를 푸 내뿜었다.

"또 술 마셨구나."

고학으로 고생고생 다니던 대학 3학년에 군대에 들어 갔다가 나온 영호로서는, 특별한 기술이 없어 직업을 잡지 못하는 것은 별도리도 없는 노릇이라 칠 수도 있었지만, 이걸 어디서 어떻게 마시는 것인지 거의

저녁마다 이렇게 취해 들어오는 동생 영호가 몹시 못마땅한 철호의 말이었다.

"네, 조금 했습니다. 친구들이....."

그것도 들으나 마나 늘 같은 대답이었다. 또 그것이 거짓말이 아니라는 것도 철호는 알고 있었다.

"이제 술 좀 그만 마셔라."

"친구들과 어울리면 자연스럽게 마시게 되는걸요. "

"글쎄 그러니까 그 어울리는 걸 좀 삼가란 말이다."

"그럴 수도 없구요. 하하하."

"그렇다고 언제까지 그저 그렇게 어울려서 술이나 마시면 뭐가 되나."

"되긴 뭐가 돼요. 그저 답답하니까 만나는 거구, 만나면 어찌어찌하다 한잔씩 하며 이야기나 하는 거죠 뭐."

"글쎄 그게 맹랑한 일이란 말이다."

"그렇지만 형님, 그런 친구들이라도 있다는 게 좋지 않수. 그게 시시한 친구들이라 해도. 정말이지 그놈들마저 없었더라면 어떻게 살 뻔했나 하고 생각할 때가 많아요. 외팔이. 절름발이. 그런 놈들. 무식한 놈들. 참 시시한 놈들이지요. 죽다 남은 놈들, 그렇지만 형님, 그놈들 다 착한 놈들이야요. 최소한 남을 속이지는 않거든요. 공갈을 때릴망정. 하하하하. 전우 전우."

영호는 고개를 뒤로 젖히고 천장을 향해 후 담배 연기를 내뿜었다. 철호는 그저 물끄러미 영호의 모습을 쳐다볼 뿐 아무 말도 없었다. 영호는 여전히 천장을 향한 채 피어오르는 연기를 바라보며 한 손으로 목의 넥타이를 앞으로 잡아당겨 끌러 늦추어 놓았다.

"가자!"

아랫목에서 어머니가 소리를 질렀다.

영호는 슬그머니 아랫목으로 고개를 돌렸다. 한참이나 그렇게 어머니 쪽으로 고개를 돌리고 있는 영호는 아무 말도 없이 그저 눈만 껌뻑껌뻑하고 있었다.

철호는 길게 한숨을 쉬었다. 앞에 놓인 등잔불이 거물거물 춤을 추었다.

철호는 저고리 호주머니에서 담배를 꺼내었다. 꼬깃꼬깃 구겨진 파랑새갑 속에서 담배를 한 개비 뽑아내었다. 바삭바삭 마른 담배는 양끝이 반쯤 빠져나갔다. 철호는 그 양끝을 비벼 말았다. 흡사 비거<sup>7</sup> 모양으로 되었다. 철호는 그 비거 모양의 담배 한끝을 입에다 물었다.

"이걸 피슈, 형님."

영호가 자기 앞에 놓였던 담뱃갑을 집어서 철호의 앞으로 내어밀었다. 빨간색 양담뱃갑이었다. 철호는 그 여느 것보다 좀 긴 양담뱃갑을 한번 힐끔 쳐다보았을 뿐, 아무 소리도 없이 등잔불로 입에 문 파랑새 끝을 가져갔다. 영호는 등잔불 위에 꾸부린 형 철호의 어깨를 던지시 바라보고 있었다. 지지지 소리가 났다. 앞이마에 흐트러져 내렸던 철호의 머리카락이 등잔불에 타며 또르르 끝이 말려 올랐다. 철호는 얼굴을 들었다. 한 모금 빨자 벌써 손끝이 따갑게 공초가 되어버린 담배를 입에서 떼었다. 천천히 연기를 내뿜는 철호의 미간에는 세로 석 줄의 깊은 주름이 패어졌다. 영호는 들었던 담뱃갑을 도로 방바닥에 내려놓았다. 그리고 조용히 등잔불로 시선을 떨구었다. 그의 입가에는 야릇한 웃음이--- 애달픈, 아니 그 누군가를 비웃는 듯한, 그런 미소가 천천히 흘러 지나갔다.

한참 동안 아무도 말이 없었다.

"가자!"

아랫방 아랫목에서 몸을 뒤편은 어머니가 잠꼬대를 했다. 어머니는 이제 꿈속에서마저 생활을 잃어버린 모양이었다. 아주 낮은 그 소리는 한숨처럼 느리게 아래 윗방에 가득 차 흘러 사라졌다.

여전히 아무도 말이 없었다.

철호는 공초를 손끝에 꼬집어 쥘 채 녀트 빠진 사람 모양 가물거리는 등잔불을 지켜보고 있었고 동생 영호는 비스듬히 벽에 기대어 앉은 채 철호의 손끝에서 타고 있는 담배공초를 바라보고 있었고, 철호의 아내는 잠든 딸애의 머리맡에 가지런히 놓인 빨간 신발을 요리조리 매만지고 있었다.

---

<sup>7</sup> 비거(vigour). 설탕이나 엿에 우유, 향료를 넣고 끓여서 굳혀 만든 사탕..

"가자!"

또 한 번 어머니의 소리가 저 땅 밑에서 새어 나오듯이 들려왔다.

"형님은 제가 이렇게 양담배를 피우는 게 못마땅하지요?"

영호는 반쯤 탄 담배를 자기의 눈앞에 가져다 그 빨간 불똥을 들여다보며 말했다.

"분에 맞지 않지."

철호는 여전히 등잔불을 바라보며 대답했다.

"그렇지만 형님, 형님은 파랑새와 양담배와 두 가지 중에서 어느 것이 더 좋으슈?"

".....? 그야 양담배가 좋지. 그래서?"

그래서 너는 보리밥도 못 버는 녀석이 그래 좋은 것은 알아서 양담배를 피우는 거냐 하는 철호의 눈초리가 번뜩 영호의 면상을 때렸다.

"그래서 전 양담배를 택했어요."

"뭐가?"

"형님은 절 오해하시고 계세요."

".....?"

"제가 무슨 돈이 있어서 양담배를 사서 피우겠어요. 어쩌다 친구들이 사주는 것이니 피우는 거지요. 형님은 또 제가 거의 저녁마다 술을 마시고 또 제법 합승을 타고 들어오는 것도 못마땅하시죠. 저도 알고 있어요. 형님은 때때로 이십오 환 전차값도 없어서 종로서 근 십리를 집에까지 터덜터덜 걸어서 돌아오시는 것을. 그렇지만 형님이 걸으신다고 해서, 한사코 같이 타고 가자는 친구들의 호의, 아니 그건 호의도 채 못 되는 싱거운 수작인지도 모르죠. 어쨌든 그것을 굳이 뿌리치고 저마저 걸어야 할 아무 까닭도 없지 않습니까? 이상한 놈들이죠. 술 담배는 사주고 합승은 태워 줘도 돈은 안 주거든요."

영호는 손끝으로 뱅글뱅글 비벼 돌리는 담뱃불을 들여다보며 말했다.

"어쨌든 너도 이젠 좀 정신 차려줘야지. 벌써 군대에서 나온 지도 이태나 되지 않니."

"정신 차려야죠. 그러지 않아도 이달 안으로는 어찌되든 간에 결판을

내구 말 생각입니다."

"어디 취직을 해야지."

"취직이요? 형님처럼요? 전차값도 안 되는 월급을 받고 남의 살림이나 계산해 주란 말이지요?"

"그럼 뭐 별 뽀족한 수가 있는 줄 아니."

"있지요. 남처럼 용기만 조금 있으면."

".....?"

어처구니없는 영호의 수작에 철호는 그저 멍청하니 영호의 얼굴을 쳐다보았다. 손끝이 따가웠다. 철호는 비루<sup>8</sup> 강통으로 만든 재떨이에 담배를 비벼 꺾다.

"용기?"

"네, 용기."

"용기라니."

"적어도 까마귀만 한 용기만이라도 말입니다. 영리할 필요는 없더군요. 우둔해도 상관없어요. 까마귀는 도무지 허수아비를 무서워하지 않습니다. 참새처럼 영리하지 못한 탓으로 그놈의 까마귀는 애당초에 허수아비를 무서워할 줄조차 모르거든요."

영호의 입가에는 좀 전에 파랑새 공초에다 불을 당기는 철호를 바라보던 때와 같은 야릇한 웃음이 또 소리 없이 감돌고 있었다.

"너 설마 무슨 엉뚱한 계획을 세우고 있는 것은 아니겠지."

철호는 약간 긴장한 얼굴을 하고 영호를 바라보며 꿀꺽 하고 침을 삼켰다.

"아니오, 엉뚱하긴 뭐가 엉뚱해요. 그저 우리들도 남처럼 다 벗어던지고 훌가분한 몸차림으로 달려보자는 것이죠 뭐."

"벗어던지고?"

"네, 벗어던지고. 양심이고, 윤리고, 관습이고, 법률이고, 다 벗어던지고 말입니다."

---

<sup>8</sup> 비루, '맥주'의 일본말.

영호의 큰 두 눈이 유난히 빛나는가 하자 철호의 눈을 정면으로 밀고 들었다.

"양심이고, 윤리고, 관습이고, 법률이고?"

"....."

"너는, 너는....."

영호는 아무 대답도 하지 않았다. 그러나 눈만은 똑바로 형 철호를 쳐다보고 있었다.

"그렇게나 살자면 이 형도 벌써 잘살 수 있었다."

철호의 목소리는 떨리고 있었다.

"그렇게나라니요?"

"양심을 버리고, 윤리와 관습을 무시하고, 법률까지도 범하고!?"

흥분한 철호의 큰 목소리에 영호는 지금까지 철호의 얼굴에 주었던 시선을 앞으로 죽 뺏치고 앉은 자기의 발끝으로 떨구었다.

"저도 형님을 존경하고 있어요. 고생하시는 형님을. 용케 이 고생을 참고 견디는 형님을. 그렇지만 형님은 약한 사람이야요. 용기가 없는 거지요. 너무 양심이 강해요. 아니 어쩌면 사람이 약하면 약한 만치, 그만치 반대로 양심이란 가시는 여물고 굳어지는 것인지도 모르죠."

"양심이란 가시?"

"네, 가시지요. 양심이란 손끝의 가십니다. 빼어버리면 아무렇지도 않은데 공연히 그냥 두고 건드릴 때마다 깜짝깜짝 놀라는 거야요. 윤리요? 윤리. 그런 나일론 뺨쓰 같은 것이죠. 입으나 마나 불알이 덜렁 비쳐 보이기는 매한가지죠. 관습이요? 그건 소녀의 머리 위에 달린 리본이라고나 할까요? 있으면 예쁠 수도 있어요. 그러나 없대서 뭐 별일도 없어요. 법률? 그건 마치 허수아비 같은 것입니다. 허수아비. 덜 굳은 바가지에다 되는 대로 눈과 코를 그리고 수염만 크게 그린 허수아비. 누더기를 걸치고 팔을 짝 벌리고 서 있는 허수아비. 참새들을 향해서는 그것이 제법 공갈이 되지요. 그러나 까마귀쯤만 돼도 벌써 무서워하지 않아요. 아니 무서워하기는커녕 그놈의 상투 끝에 턱 올라앉아서 썩은 흙을 수시던 더러운 주둥이를 썩썩 문질러도 별일 없거든요. 흥."

영호는 코웃음을 쳤다. 그리고 거기 문턱 밑에 담뱃갑에서 새로 담배를 한 개 빼어 물고 지금까지 들고 있던 다 탄 콩다리에서 불을 옮겨 빨았다.  
"가자!"

어머니의 그 소리가 또 들렸다. 어머니는 분명히 잠이 들어 있는 것이었다. 그러면서도 간간이 저렇게 가자가자 소리를 지르는 것이었다. 그것은 어쩌면 어머니에게는 호흡처럼 생리화해 버린 것인지도 몰랐다.

철호는 비스듬히 모로 앉은 동생 영호의 옆얼굴을 한참이나 노려보고 있었다. 영호는 영호대로 썩한 두 눈으로 깜박이기를 잊어버린 채 아까부터 앞으로 뻗친 자기의 발끝을 바라보고 있었다. 이윽고 철호는 영호에게서 눈을 돌려버렸다. 그리고 아랫방과 윗방 사이 칸막이를 한 널쪽에 등을 기대며 모로 돌아앉았다. 희미한 등잔불 빛에 잠든 딸애의 조그마한 얼굴이 애처로웠다. 그 어린것 옆에 앉은 철호의 아내는 왼쪽 무릎을 세우고 그 위에 손을 펴 깔고 턱을 괴었다. 아까부터 철호와 영호, 형제가 하는 말을 조용히 듣고만 있는 그네는 무엇을 생각하고 있는지 한쪽 손끝으로, 거기 방바닥에 가지런히 놓인 빨간 어린애의 신발만 몇 번이고 쓸어보고 있었다.

철호는 고개를 푹 떨구어 턱을 가슴에 묻었다. 영호는 새로 피워 문담배를 연거푸 서너 번 들이빨았다. 그리고 또 말을 계속하였다.

"저도 형님의 그 생활 태도를 잘 알아요. 가난하더라도 깨끗이 살자는. 그렇지요, 깨끗이 사는 게 좋지요. 그런데 형님 하나 깨끗하기 위하여 치르는 식구들의 희생이 너무 어처구니없이 크고 많단 말입니다. 헐벗고 굶주리고, 형님 자신만 해도 그렇죠. 밤낮 수시는 충치 하나 처치 못하시고, 이가 수시면 치과에 가서 치료를 하거나 빼어버리거나 해야 할 것 아니야요. 그런데 형님은 그것을 참고 있어요. 낫을 잔뜩 찌푸리고 참는단 말입니다. 물론 치료비가 없으니까 그러는 수밖에 없겠지요. 그겁니다. 바로 그겁니다. 그 돈을 어떻게든지 구해야죠. 이가 수시는데 그럼 어떻게 해요. 그걸 형님처럼, 마치 이 수시는 것을 참고 견디는 그것이 돈을 ---치료비를 버는 것이거나 한 것처럼 생각하는 것. 안 쓰는 것은 혹 버는 셈이 된다고 할 수도 있을 거야요. 그렇지만 꼭 써야 할 데

못 쓰는 것이 버는 셈이라고는 할 수 없지 않아요. 세상에는 이런 세 층의 사람들이 있다고 봅니다. 즉 돈을 모으기 위해서만으로 필요 이상의 돈을 버는 사람과, 필요하니까 그 필요하니까의 돈을 버는 사람과, 또 하나는 이걸 꼭 필요한 돈도 채 못 벌고서 그 대신 생활을 조리는 9) 사람들. 신발에다 발을 맞추는 격으로. 형님은 아마 그 맨 끝의 층에 속하겠지요. 필요한 돈도 미처 벌지 못하는 사람. 깨끗이 살자니까 그럴 수밖에 없다고 하시겠지요. 그래요. 그것은 깨끗하기는 할지 모르죠. 그렇지만 그저 그것뿐이지요. 언제까지나 층치가 쏘아 부은 볼을 싸쥐고 올상일 수밖에 없지요. 그렇지 않습니까? 그야 형님! 인생이 저 골목 안에서 심환짜리를 받고 코 흘리는 어린애들에게 보여주는 요지경이라면야 자기가 가지고 있는 돈값만치 구멍으로 들여다보고 말 수도 있겠지요. 그렇지만 어디 인생이 자기 주머니 속의 돈 액수만치만 살고 그만두고 싶다면 그만둘 수 있는 요지경인가요 어디. 돈만치만 먹고 말 수 있는 그런 편리한 목구멍인가요 어디. 싫어도 살아야 하니까 문제지요. 사실이지 자살을 할 만치 소중한 인생도 아니고요. 살자니까 돈이 필요하구요. 필요한 돈이니까 구해야죠. 왜 우리라고 좀 더 넓은 테두리, 법률선(法律線)까지 못 나가란 법이 어디 있어요. 아니 남들은 다 벗어던지구 법률선까지도 넘나들면서 사는데, 왜 우리만이 웅색한 양심의 울타리 안에서 숨이 막혀야 해요. 법률이란 뭐야요. 우리들이 피차에 약속한 선이 아니야요?"

영호는 얼굴을 번쩍 들며 반쯤 끌러놓았던 넥타이를 마저 끌러서 방구석에 픽 던졌다.

철호는 여전히 턱을 가슴에 푹 묻은 채 묵묵히 앉아 두 짝 다 엄지발가락이 몽땅 밖으로 나온 뚫어진 양말을 내려다보고 있었다. 나일론 양말을 한 켤레 사면 반년은 무난히 뚫어지지 않고 견딘다는 말을 들었다. 그러나 뻥히 알면서도 번번이 백 환짜리 무명 양말을 사 들고 들어오는 철호였다. 칠백 환이란 돈을 단번에 잘라낼 여유가 도저히 없는 월급이었던 것이다.

---

<sup>9</sup> 조리다. '줄이다'의 옛말.

"가자!"

어머니는 또 몸을 뒤편었다.

"그건 억설이야."

철호는 천천히 고개를 들었다. 신문지를 바른 맞은편 벽에, 쭈그리고 앉은 아내의 그림자가 커다랗게 비쳐 있었다. 꿈추처럼 꼬부리고 앉은 아내의 그림자는 헝클어진 머리카락이 괴물스러웠다. 철호는 눈을 감았다. 머리마저 등 뒤 칸막이 반자에 기대었다.

철호의 감은 눈앞에 십여 년 전 아내가 흰 저고리 까만 치마를 입고 선히 나타났다. 무대에 나선 그네는 더욱 예뻐다. E 여자대학 졸업 음악회였다. 노래가 끝나자 박수 소리가 그칠 줄을 몰랐다. 그날 저녁 같이 거리를 거닐던 그네는 정말 싱싱하고 예뻐다. 그러나 지금 철호 앞에 쭈그리고 앉은 아내는 그때의 그네가 아니었다. 무슨 둔한 동물처럼 되어버린 그네. 이제 아무런 희망도 가져보려고 하지 않는 아내. 철호는 가만히 눈을 떴다. 그래도 아내의 살눈썹만은 전처럼 까맣고 길었다.

"가자!"

철호는 흠칫 놀라 환상에서 깨어났다.

"억설이요? 그런지도 모르죠."

한참이나 잠잠하니 앉아 까물거리는 등잔불을 바라보던 영호의 맥 빠진 대답이었다.

"네 말대로 한다면 돈 있는 사람들은 다 나쁜 사람이란 말밖에 더 되나 어디."

"아니죠. 제가 어디 나쁘고 좋고를 가렸어요. 나쁘긴 누가 나빠요? 왜 나빠요? 아 잘사는 게 나빠요? 도시 나쁘고 좋고부터 따질 아무런 선도 없지요 뭐."

"그렇지만 지금 네 말로는 잘살자면 꼭 양심이고 윤리고 뭐고 다 버려야 한다는 것이 아니고 뭐야."

"천만예요. 잘못 이해하신 겁니다. 간단히 말씀드리면 이렇다는 것입니다. 즉 양심껏 살아가면서 잘살 수도 있기는 있다. 그러나 그것은 극히 적다. 거기에 비껴서 그 시시한 것들을 벗어던지기만 하면 누구나

틀림없이 잘살 수 있다."

"그것이 바로 역설이란 말이다. 마음 한구석이 어딘가 비틀려서 하는 역지란 말이다."

"글쎄요, 마음이 비틀렸다고요. 그건 아마 사실일는지 모르겠어요. 분명히 비틀렸어요. 그런데 그 비틀리기가 너무 늦었어요. 어머니가 저렇게 미치기 전에 비틀렸어야 했지요. 한강철교를 폭파하기 전에 말입니다. 하나밖에 없는 누이동생 명숙(明淑)이가 양공주가 되기 전에 비틀렸어야 했지요. 환도령(還都令)이 내리기 전에. 하다못해 동대문시장에 자리라도 한 자리 비었을 때 말입니다. 그러구 이놈의 배때기에 지금도 무슨 내장이거나 한 것처럼 박혀 있는 파편이 터지기 전에 말입니다. 아니 그보다도 더 전에, 제가 뭐 무슨 애국자나처럼 남들은 다 기피하는 군대에 어머니의 원수를 갚겠노라고 자원하던 그 전에 말입니다."

"....."

".....그보다도 더 전에 썩 전에 비틀렸어야 했을지 모르죠. 나면서부터 비틀렸더라면 더 좋았을지도 모르죠."

영호는 폭 고개를 떨구었다. 길게 한숨을 내쉬었다. 그 한숨이 후르르 떨고 있었다. 철호는 한참 동안 아무 말도 하지 않았다. 뒷목에 앉아 있던 철호의 아내가 방 바닥에 떨어진 눈물을 손끝으로 장난처럼 문지르고 있었다. 영호도 훌쩍훌쩍 코를 들이켜고 있었다.

"그렇지만 인생이란 그런 게 아니야. 너는 아직 사람이란 어떻게 살아야만 하는 것인지조차도 모르고 있어."

"그래요, 사람이란 과연 어떻게 살아야 하는 것인지는 정말 모르겠어요. 그렇지만 이제 이 물고 뜯고 하는 마당에서 살자면, 생명만이라도 유지하자면 어떻게 해야 할지는 알 것 같아요. 허허."

영호는 눈물이 글썽하니 관 눈을 천장을 향해 쳐들며 자기 자신을 비웃듯이 허허 하고 웃었다.

"가자!"

또 어머니는 가자고 했다. 영호는 아랫목으로 눈을 돌렸다. 철호는

길게 한숨을 쉬었다. 앞의 등잔불이 크게 흔들거렸다. 방 안의 모든 그림자들이 움직였다. 집 전체가 그대로 기울거리는 것 같았다. 그것뿐 조용했다. 밤이 꽤 깊은 모양이었다. 세상이 온통 잠들고 있었다.

저만치 골목 밖에서부터 딱 딱 딱 구둑발 소리가 뽀족하게 들려왔다. 점점 가까워 왔다. 바로 아랫방 문 앞에서 멎었다. 영호는 문꺼로 얼굴을 돌렸다. 삐걱삐걱 두어 번 비틀리던 방문이 열렸다. 여동생 명숙이가 들어섰다. 싱싱한 몸매에 까만 투피스가 제법 어느 회사의 여사무원 같았다.

"늦었구나."

영호가 여전히 두 다리를 쪽 뺀고 앉은 채 고개만 뒤로 젖혀서 명숙을 쳐다보았다.

명숙은 영호의 말에 아무런 대꾸도 없이 돌아서서 문 밖에서 까만 하이힐을 집어 올려 아랫방 모서리에 들여 놓았다. 그리고 백을 획 방구석에 던졌다. 겨우 윗저고리와 스커트를 벗어 건 명숙은 아랫방 뒷구석에 가서 털썩 하고 쓰러지듯 가로누워 버렸다. 그리고 거기 접어놓은 담요를 끌어다 머리 위에서부터 꼭 뒤집어썼다.

철호는 명숙을 거들떠보지도 않고 덤덤히 등잔불만 지켜보고 있었다.

철호는 언젠가 퇴근하던 길에 전차 창문 밖에서 본 명숙의 꼴을 생각하고 있는 것이었다.

철호가 탄 전차가 을지로 입구 십자거리에서 머물러 신호를 기다리고 있었다. 손잡이를 붙들고 창을 향해서 있던 철호는 무심코 밖을 내다보았다. 전차 바로 옆에 미군 지프차가 한 대 와 섰다. 순간 철호는 화낫이 달아올랐다.

핸들을 쥐는 미군 바로 옆자리에 색안경을 쓴 한국 여자가 앉아 있었다. 그것이 바로 명숙이었던 것이다. 바로 철호의 턱밑에서였다. 역시 신호를 기다리는 그 지프차 속에서 미군은 한 손은 핸들에 걸치고 또 한 팔로는 명숙의 허리를 낚치시 끌어안는 것이었다. 미군이 명숙의 얼굴을 들여다보며 뭐라고 수작을 걸었다. 명숙은 다리를 껍치고 앉은 채 앞을 바라보는 자세 그대로 고개를 까딱거렸다. 그 미군 지프차 저편에 와 선

택시 조수가 명숙이와 미군을 쳐다보며 피시시 웃었다. 전차 간에서도 마찬가지로였다. 철호 바로 옆에 나란히 서 있던 청년들이 속떡거렸다.

"그래도 멋은 부렸네."

"멋? 그래 색안경을 썼으니 말이지?"

"장사치곤 고급이지, 밀천 없이."

"저것도 시집을 갈까?"

"흥."

철호는 손잡이를 놓았다. 그리고 반대편 가운데 문개로 가서 돌아서고 말았다. 그것은 분명히 슬픈 감정만은 아니었다. 뭐라고 말할 수조차 없는 숯덩어리 같은 것이 콧구멍을 치밀었다. 정신이 아득해지는 것 같았다. 하품을 하고 난 뒤처럼 콧속이 싸하니 쓰리면서 눈물이 징 솟아올랐다. 철호는 앞에 있는 커다란 유리를 콧 머리로 받아 부수고 싶은 충동을 느끼며 어금니를 콧 맞썩었다. 찌르르 벨이 울렸다. 덜커덩 전차가 움직였다. 철호는 문짝에 어깨를 가져다 기대고 눈을 감아버렸다.

그날부터 철호는 정말 한마디도 누이동생 명숙이와 말을 하지 않았다. 또 명숙이도 철호를 본체만체였다.

"자, 우리도 이제 잡시다."

영호가 가슴을 펴서 내어밀며 바로 앉았다.

등잔불을 끄고 두 방 사이의 문을 닫았다.

폭 가라앉은 것같이 피곤했다. 그러면서도 철호는 정작 잠을 이룰 수는 없었다. 밤은 고요했다. 시간이 그대로 흐르기를 멈추어버린 것같이 조용했다. 철호의 아내도 이제 잠이 들었나 보다. 앓는 소리를 내었다. 철호는 눈을 감았다. 어딘가 아득히 먼 것을 느끼고 있었다. 철호도 잠이 들어가고 있었다.

"가자!"

다들 잠든 밤의 그 어머니의 소리는 엉뚱하게 컸다. 철호는 흠칫 눈을 떴다. 차츰 눈이 어둠에 익어갔다. 며칠인가, 문틈으로 새어든 달빛이 철호의 옆에서 잠든 딸애의 머리에서부터 발끝까지 죽 파란 줄을 그었다. 철호는 다시 눈을 감았다. 길게 한숨을 쉬며 벽을 향해 돌아누웠다.

"가자!"

또 어머니가 소리를 질렀다. 그러나 철호는 눈을 뜨지 않았다. 그도 마저 잠이 들어버린 것이었다.

그런데 이번에는 아랫방에서 명숙이가 눈을 떴다. 아랫목에 어머니와 윗목에 오빠 영호 사이에 누운 명숙은 어둠 속에 가만히 손을 내어밀었다. 어머니의 손을 더듬어 잡았다. 뼈 위에 겨우 가죽만이 씩워진 손이었다. 그 어머니의 손에서는 체온이 느껴지는 것이 아니라 축축이 습기가 미끈거렸다. 명숙은 어머니 쪽을 향하여 돌아누웠다. 한쪽 손을 마저 내밀어서 두 손으로 어머니의 송장 같은 손을 감싸 쥐었다.

"가자!"

딸의 손을 느끼는지 못 느끼는지 어머니는 또 한 번 허공을 향해 가자고 소리 질렀다.

"엄마!"

명숙이의 낮은 소리였다. 명숙은 두 손으로 감싸 쥔 어머니의 여원 손을 가만히 흔들었다.

"가자!"

"엄마!"

기어이 명숙은 흐느끼기 시작하였다. 명숙은 어머니의 손을 끌어다 자기의 입에 틀어막았다.

"엄마!"

숨을 죽여가며 참는 명숙의 울음은 한숨으로 바뀌며 어머니의 손가락을 입 안에서 잘근잘근 씹어보는 것이었다.

"겁내지 말라."

옆에서 영호가 잠꼬대를 했다.

"가자!"

어머니는 명숙의 손에서 자기의 손을 빼어가지고 저쪽으로 돌아누워 버렸다.

명숙은 다시 담요를 끌어다 머리 위까지 푹 썼다. 그리고 담요 속에서 흐득흐득 울고 있었다.

"엄마."

이번엔 뒷방에서 어린것이 엄마를 불렀다.

철호는 잠 속에서 멀리 그 소리를 들었다. 그러면서도 채 잠이 깨어지지 않는았다.

"엄마."

어린것은 또 한 번 엄마를 불렀다.

"오 오. 왜. 엄마 여기 있어."

아내의 반쯤 깬 소리였다. 어린것을 끌어다 안는 모양이었다. 철호는 그 소리를 멀리 들으며 다시 굳히 잠들어 버렸다.

"오줌."

"오, 오줌 누겠니. 자, 일어나. 착하지."

철호의 아내는 일어나 앉으며 어린것을 안아 일으켰다. 구석에서 깡통을 끌어다 대어주었다.

"참, 삼춘이 네 신발 사왔지. 아주 예쁜 거. 볼래?"

깡통을 타고 앉은 어린것을 뒤에서 안아주고 있던 철호의 아내는 한 손으로 어린것의 머리맡에 놓아두었던 신발을 집어다 보여주었다. 희미하게 달빛이 들이비쳤을 뿐인 어두운 방 안에서는 그것은 그저 겨우 모양뿐 색채를 잃고 있었다.

"내 거야? 엄마."

"그래, 네 거야."

"예뻐?"

"참 예뻐. 빨강이야."

"응....."

어린것은 잠에 취한 소리로 물으며 신발을 두 손에 받아 가슴에 안았다.

"자, 이제 거기 놔두고 자야지."

"응, 널 신어도 돼?"

"그럼."

어린것은 오물오물 담요 속으로 파고들어갔다.

"엄마, 널 신어도 돼?"

"그럼."

뭐든가 좀 좋은 것은 아껴야 한다고만 들어오던 어린것은 또 한 번 이렇게 다짐하는 것이었다.

아내는 어린것의 담요 가장자리를 꼭꼭 눌러주고 나서 그 옆에 누웠다.

다들 다시 잠이 들었다. 어느 사이에 달빛이 비껴서 칼날 같은 빛을 철호의 가슴으로 옮겼다. 어린것이 부스스 머리를 들었다. 배를 깔고 었드렸다. 어린것은 조그마한 손을 베개 너머로 내밀었다. 거기 가지런히 놓아둔 신발을 만져보았다. 어린것은 안심한 듯이 다시 베개를 베고 누웠다. 또다시 조용해졌다. 한참 만에 또 어린것이 움직거렸다. 잠이 든 줄만 알았던 어린것은 또 었드렸다. 머리맡에 신발을 또 끌어당겼다. 조그마한 손가락으로 신발 코를 꼭 눌러보았다. 그러고는 이번에는 아주 자리 위에 일어나 앉았다. 신발을 무릎 위에 들어 올려놓았다. 달빛에다 신발을 들이대어 보았다. 바닥을 뒤집어 보았다. 두 짝을 하나씩 두 손에 갈라들고 고무바닥을 맞대어 보았다. 이번엔 발을 앞으로 내놓았다. 가만히 신발을 가져다 신었다. 앉은 채로 꼭 방바닥을 디디어 보았다.

"가자!"

어린것은 깜짝 놀랐다. 열린 신발을 벗었다. 있던 자리에 도로 모아놓았다. 그리고 한 번 더 신발을 바라보고 난 어린것은 살그머니 누웠다. 오물오물 담요 속으로 기어 들어갔다.

점심을 못 먹은 배는 오후 두 시에서 세 시 사이가 제일 견디기 힘들었다. 철호는 펜을 장부 위에 놓았다. 저쪽 구석에 돌아앉은 사환애를 바라보았다. 보리차라도 한 잔 더 마시고 싶었다. 그러나 두 잔까지는 사환애를 시켜서 가져오랄 수 있었으나 세 번까지는 부르기가 좀 미안했다.

철호는 걸상을 뒤로 밀고 일어섰다. 책상 모서리에 놓인 찻종을 집어 들었다. 그리고 출입문으로 나갔다. 복도의 풍로 위에서 커다란 주전자가 끓고 있었다. 보리차를 찻종 하나 가득히 부었다. 구수한 냄새가 피어올랐다. 철호는 뜨거운 찻종을 손가락으로 꼬집어 들고 조심조심 자기 자리로 돌아와 앉았다. 그리고 찻종을 입으로 가져갔다. 후 불었다.

마약 한 모금 들이 마시는 때였다.

"송 선생님 전화입니다."

사환애가 책상 앞에 와 알렸다. 철호는 얼른 차종을 책상 위에 내려놓았다. 그리고 과장 책상 앞으로 갔다. 수화기를 들었다.

"네, 송철호올시다. 네? 경찰서요 .....? 전 송철호라는 사람인데요? 네? 송영호요? 네? 바로 제 동생입니다. 무슨?..... 네? 네? 송영호가요? 제 동생이 말입니까? 곧 가겠습니다. 네 네."

철호는 수화기를 걸었다. 그리고 걸어놓은 수화기를 멍하니 내려다보고 서 있었다. 사무실 안 사람들의 시선이 모두 철호에게로 쏠렸다.

"무슨 일인가. 동생이 교통사고라도?"

서류를 뒤적이던 과장이 앞에 서 있는 철호를 쳐다보며 말했다.

"네? 네, 저 과장님, 잠깐 다녀오겠습니다."

철호는 마시던 보리차를 그대로 남겨둔 채 사무실을 나섰다. 영문을 모르는 동료들이 서로 옆의 사람의 얼굴을 힐끗 쳐다보는 것이었다.

철호는 전에도 몇 번 경찰서의 호출을 받은 일이 있었다.

양공주 노릇을 하는 누이동생 명숙이가 걸려들면 그 신원보증을 해야 하는 철호였다. 그때마다 철호는 치안관 앞에서 낮을 못 들고 앉았다가 순경이 앞세우고 나온 명숙을 데리고 아무 말도 없이 경찰서 뒷문을 나서곤 하였다. 그럴 때면 철호는 울었다. 하나밖에 없는 누이동생이 정말 밍그리고 원망스러웠다. 철호는 명숙을 한번 돌아다보는 일도 없이 전차길을 따라 사무실로 걸었고, 또 명숙은 명숙이대로 적당한 곳에서 마치 낮도 모르는 사람이나처럼 딴 길로 떨어져 가버리곤 하는 것이었다.

그런데 이번에는 누이동생이 아니라 남동생 영호의 건이라고 했다. 며칠 전 밤에 취해서 지껄이던 영호의 말들이 머리를 스치고 지나갔다. 불안했다. 그런들 설마 하고 마음을 다시 먹으며 철호는 경찰서 문을 들어섰다.

권총 강도.

형사에게서 동생 영호의 사건 내용을 들은 철호는 앞에 앉은 형사의

얼굴을 바보 모양 멍청히 바라보고 있을 뿐이었다. 점점 핏기가 가셔가는 철호의 얼굴은 표정을 잃은 채 굳어가고 있었다.

어느 회사에서 월급을 줄 돈 천오백만 원을 찾아서 은행 앞에 대기시켰던 지프차에 싣고 마약 떠나려고 하는데 중절모를 깊숙이 눌러쓰고 색안경을 낀 괴한 두 명이 차 속으로 올라오며 권총을 내어 들더라는 것이었다.

"겁내지 마라! 차를 우이동으로 돌려라."

운전수와 또 한 명 회사원은 차가운 권총 구멍을 등에 느끼며 우이동까지 갔다고 한다. 어느 으스스한 숲 속에서 차를 세웠다고 한다. 그러고는 둘이 다 차 밖으로 나가라고 한 다음, 괴한들이 대신 운전대로 옮겨왔더라고 한다. 운전수와 회사원은 거기 버려둔 채 차는 전속력으로 다시 시내로 향해 달렸단다. 그러나 지프차는 미아리도 채 못 와서 경찰에 붙들리고 말았다는 것이었다. 그런데 차 안에는 괴한이 한 사람밖에 없었다고 한다.

형사가 동생을 면회하겠느냐고 물었을 때도 철호는 그저 얼이 빠져서, 두 무릎 위에 맥없이 손을 올려놓고 앉은 채 아무 대답도 못 했다.

이윽고 형사실 뒷문이 열리더니 거기 영호가 나타났다.

"이리로 와."

수갑이 채워진 두 손을 배 앞에다 모으고 천천히 형사의 책상 앞으로 걸어 나오는 영호는 거기 걸상에 앉았다 일어서는 철호를 향하여 약간 머리를 고덕여 보았다. 동생의 얼굴을 뚫어져라고 바라보고 서 있는 철호의 여윈 볼이 히물히물 움직였다. 괴로울 때의 버릇으로 어금니를 짹짹 씹고 있는 것이었다.

형사는 앞에 와서 선 영호에게 눈으로 철호를 가리켰다.

영호는 철호에게로 돌아섰다.

"형님, 미안합니다. 인정선(人情線)에 걸렸어요. 법률 선까지는 무난히 뛰어넘었는데, 쏘아버렸어야 하는 건데."

영호는 철호의 얼굴을 들여다보며 빙그레 웃었다. 그러고는 옆으로 비스듬히 얼굴을 떨구며 수갑을 채운 오른손 검지를 권총 방아쇠를

당기는 때처럼 까불어서 지그시 당겨보는 것이었다.

철호는 눈도 깜빡하지 않고 그저 영호의 머리카락이 흐트러져 내린 이마를 바라보고 있었다.

"돌아가세요, 형님."

영호는, 등신처럼 서 있는 형이 도리어 민망한 듯이 조용히 말했다.

"수감해."

형사가 문간에 지키고 서 있는 순경을 돌아보았다.

영호는 그에게로 오는 순경을 향해 마주 걸어갔다. 영호는 뒷문으로 끌려나가다 말고 멈춰 섰다. 그리고 뒤를 돌아보았다.

"형님, 어린것 화신 구경이나 한번 시키세요. 제가 약속했었는데."

뒷문이 콧 닫혔다. 철호는 여전히 영호가 사라진 뒷문을 바라보고 서 있었다. 눈이 뿌옇게 흐려졌다. 아무것도 보이지 않았다.

"쓸 의사는 처음부터 없었던 것 같은데."

조서를 한엿으로 밀어놓으며 형사가 중얼거렸다. 철호는 거기 걸상에 가만히 걸터앉았다.

"혹시 그 같이 한 청년을 모르시나요?"

철호의 귀에는 형사의 말소리가 아주 멀었다.

"끝내 혼자서 했다고 우기는데, 그러나 증인이 있으니까 이제 차츰 사실대로 자백하겠지만."

여전히 철호는 말이 없었다.

경찰서를 나온 철호는 어디를 어떻게 걸었는지 알 수 없었다. 철호는 술 취한 사람 모양 허청거리는 다리로 자기 집이 있는 언덕길을 올라가고 있었다. 철호는 골목길 어귀에 들어섰다.

"가자!"

철호는 거기 멈춰 섰다. 고개를 뒤로 젖혔다. 그러나 그는 하늘을 쳐다보는 것이 아니었다.

하 하고 숨을 크게 내쉬는 철호는 울고 있었다. 눈물이 콧속으로 흘러서 짹짹하니 목구멍으로 넘어갔다.

"가자. 가자. 어딜 가잔 거야. 도대체 어딜 가잔 거야."

철호는 껍 소리를 지르고 있었다. 거기 처마 밑에 모여 앉아서 소꿉질을 하던 어린애들이 부스스 일어서며 그를 쳐다보았다. 철호는 그 앞을 모른 채 지나쳐 버렸다.

"오빠 어딜 그렇게 돌아다뉴."

철호가 아랫방에 들어서자 윗방 구석에서 고리짝을 열어놓고 뒤지고 있던 명숙이가 역한 소리를 했다. 윗방에는 녀마 같은 옷가지들이 한 무더기 쌓여 있었다. 딸애는 고리짝 옆에 쪼그리고 앉아서 명숙이가 뒤져 내 놓은 헌옷들을 무슨 진귀한 것이나처럼 지켜보고 있었다. 철호는 아내가 어딜 갔느냐고 물어보려다 말고 그대로 윗방 아랫목에 털썩 주저앉아 버렸다.

"어서 병원에 가보세요."

명숙은 여전히 고리짝을 들추며 돌아앉은 채 말했다.

"병원엘?"

"그래요."

"병원에라니?"

"언니가 위독해요. 어린애가 걸렸어요."

"뭐가?"

철호는 눈앞이 아찔했다.

점심때부터 진통이 시작되었는데 영 해산을 못 하고 애를 썬단다. 그런데 죽을 악을 쓰다 보니까 어린애의 머리가 아니라 팔부터 나왔다고 한다. 그래 병원으로 실어 갔는데, 철호네 회사에 전화를 걸었더니 나가고 없더라는 것이었다.

"지금쯤 아마 애를 낳았거나, 그렇지 않으면....."

명숙은 흰 헝겊들을 골라 개켜서 한옆으로 젖혀놓으며 말했다. 아마 어린애의 기저귀를 고르고 있는 모양이었다. 그런데 이상했다. 좀 전에 아찔하던 정신이 사르르 풀리며 온몸의 맥이 쑥 빠져나갔다. 철호는 오래간만에 머릿속이 깨끗이 개는 것을 느꼈다.

말라리아를 앓고 난 다음 날처럼 맥은 하나도 없으면서 머리는 비상히 깨끗했다. 뭐 놀랄 일이 있느냐 하는 심정이 되었다. 마치 회사에서 무슨

사무를 한 뭉텅이 말았을 때와 같은 심사였다. 철호는 호주머니에서 담배를 꺼내어 물었다. 언제나 새로 사무를 맡아 시작하기 전에 하는 버릇이었다. 철호는 일어섰다. 그리고 문을 열었다.

"어딜 가슈."

명숙이가 돌아보았다.

"병원에."

"무슨 병원인지도 모르면서."

철호는 참 그렇다고 생각했다.

"S 병원이야요."

"....."

철호는 슬그머니 문 밖으로 한 발을 내디디었다.

"돈을 가지고 가야지 뭐."

".....돈."

철호는 다시 문 안으로 들어섰다. 우두커니 발부리를 내려다보고 서 있었다. 명숙이가 일어섰다. 그리고 아랫방으로 내려갔다. 벽에 걸어놓았던 핸드백을 벗겼다.

"옛수."

백 환짜리 한 다발이 철호 앞 방바닥에 던져졌다. 명숙은 다시 돌아서서 백을 챙기고 있었다. 철호는 명숙의 뒷모습을 물끄러미 바라보고 있었다. 철호의 눈이 명숙의 발뒤축에 머물렀다. 나일론 양말이 계란만치 구멍이 뚫렸다. 철호는 명숙의 그 구멍 뚫린 양말 뒤축에서 어떤 깨끗함을 느끼고 있었다. 오래간만에 철호는 명숙에 대한 오빠로서의 애정을 느꼈다.

"가자."

어머니가 또 외마디 소리를 질렀다.

철호는 눈을 발밑에 돈다발로 떨구었다. 허리를 꾸부렸다. 연기가 든 때처럼 두 눈이 싸하니 쓰렸다.

"아버지 병원에 가? 엄마 애기 낳어?"

"그래."

철호는 돈을 저고리 호주머니에 밀어 넣으며 문을 나섰다.

"가자."

골목을 빠져나가는 철호의 등 뒤에서 또 한 번 어머니의 소리가 들려왔다.

아내는 이미 죽어 있었다.

"네, 그래요."

철호는 간호원보다도 더 심상한 표정이었다. 병원의 긴 복도를 휘청휘청 걸어서 널따란 현관으로 나왔다. 시체가 어디 있느냐고 묻지도 않았다. 무엇인가 큰일이 한 가지 끝났다는 그런 기분이었다. 아니 또 어찌 생각하면 무언가 해야 할 일이 많이 생긴 것 같은 무거운 기분이기도 했다. 그러면서도 그 해야 할 일이 무엇인지는 좀처럼 생각이 나질 않았다. 그저 이제는 그리 서두를 필요도 없어졌다는 생각만으로 철호는 거기 병원 현관에 한참이나 우두커니 서 있었다.

이윽고 병원의 큰 문을 나선 철호는 전차길을 따라서 천천히 걸었다. 자전거가 휙 그의 팔꿈치를 스치고 지나갔다. 그는 멈춰 섰다. 자기도 모르게 그는 사무실 쪽으로 걸어가고 있었다. 여섯 시도 더 지났을 무렵이었다. 이제 사무실로 가야 할 아무 일도 없었다. 그는 전차 길을 건넜다. 또 한참 걸었다. 그는 또 멈춰 섰다. 이번엔 어느 사이에, 낮에 왔던 경찰서 앞에 와 있었다. 그는 또 돌아섰다. 또 걸었다. 그저 걸었다. 집으로 돌아가자는 생각도 아니면서 그의 발길은 자동 기계처럼 남대문 쪽을 향해 걷고 있었다. 문방구점. 라디오방. 사진관. 제과점. 그는 길가에 늘어선 이런 가게의 진열장들을 하나하나 기웃거리며 걷고 있었다. 그러면서도 무엇이 있는지 하나도 보이지는 않았다. 그러던 철호는 또 우뚝 섰다. 그는 거기 눈앞에 걸린 간판을 쳐다보고 있었다. 장기판만 한 흰 판에 빨간 페인트로 치과라고 써어 있었다. 철호는 갑자기 이가 썩는 것을 느꼈다. 아침부터, 아니 벌써 전부터 훌쩍훌쩍 썩는 충치가 갑자기 아팠다. 양쪽 어금니가 아래위 다 썩었다. 사실은 어느 것이 정말 썩는 것인지조차도 분간할 수가 없었다. 철호는 호주머니에 손을 넣어보았다. 만 환 다발이 만져졌다.

철호는 치과 간판이 걸린 층계 이 층으로 올라갔다.

치과 걸상에 머리를 젖히고 입을 아 벌리고 앉았다. 의사는 달가달가닥 소리를 내며 이것저것 여러 가지 쇠꼬치를 그의 입에 넣었다 꺼냈다 하였다. 철호는 매시근하니 잠이 왔다. 아무런 생각도 하지 않고 입을 크게 벌린 채 눈을 감고 있었다.

"좀 아팠지요? 뿌리가 꾸부러져서."

의사가 집게에 뽑아든 이를 철호의 눈앞에 가져다 보여주었다. 속이 시꺼멓게 썩은 징그러운 이 뿌리에 빨건 살점이 묻어나왔다. 철호는 숨을 입에 문 채 머리를 좌우로 흔들며 보았다. 사실 아프지도 아무렇지도 않았다.

"됐습니다. 한 삼십 분 후에 숨을 빼어 버리슈. 피가 좀 나올 겁니다."

"이쪽을 마저 빼주십시오."

철호는 옆의 타구에 피를 뺀고 나서 또 한쪽 볼을 눌러보았다.

"어금니를 한 번에 두 대씩 빼면 출혈이 심해서 안 됩니다."

"괜찮습니다."

"아니, 내일 또 빠지요."

"다 빼주십시오. 한뫼에 몽땅 다 빼주십시오."

"안 됩니다. 치료를 해가면서 한 대씩 빼야지요."

"치료요? 그럴 새가 없습니다. 마약 수시는걸요."

"그래도 안 됩니다. 빈혈증이 일어나면 큰일 납니다."

하는 수 없었다. 철호는 치과를 나왔다. 또 걸었다. 잇몸이 멍하니 아픈 것 같기도 하고 또 어찌하면 시원한 것 같기도 했다. 그는 한 손으로 볼을 쓸어보았다.

그렇게 얼마를 걷던 철호는 거기에 또 치과 간판을 발견하였다. 역시 이 층이었다.

"안 될 텐데요."

거기 의사도 꺼렸다. 철호는 괜찮다고 우겼다. 한쪽 어금니를 마저 빼었다. 이번에는 두 볼에다 다 밤알만큼씩 한 숨 덩어리를 물고 나왔다. 입 안이 짹짹했다. 간간이 길가에 나서서 피를 뺐었다. 그때마다 시뻘건

선지피가 간 덩어리처럼 엉겨서 나왔다.

남대문을 오른쪽에 끼고 돌아서 서울역이 보이는 데까지 왔을 때 으스스 몸이 한번 떨렸다. 머리가 멍하니 비어버린 것 같다고 생각했다. 바로 그때에 번쩍 거리에 전등이 들어왔다. 눈앞이 한번 환해졌다. 그런데 다음 순간에는 어찌 된 셈인지 좀 전에 전등이 켜지기 전보다 더 거리가 어두워졌다. 철호는 눈을 한번 꼭 감았다 다시 떴다. 그래도 매한가지였다. 이걸 뱃속이 비어서 그렇다고 철호는 생각했다. 그는 새삼스레 점심도 저녁도 안 먹은 자기를 깨달았다. 뭐든가 좀 먹어야겠다고 생각했다. 구수한 설령탕 생각이 났다. 입 안에 군침이 하나 가득히 괴었다. 그는 어느 전주 밑에 가서 쭈그리고 앉아서 침을 뱉었다. 그런데 그건 침이 아니라 진한 피였다. 그는 다시 일어섰다. 또 한 번 오한이 전신을 간질이고 지나갔다. 다리가 약간 떨리는 것 같았다. 그는 속히 음식점을 찾아내어야겠다고 생각하며 서울역 쪽으로 허청허청 걸었다.

"설령탕."

무슨 약 이름이거나 한 것처럼 한마디 일러놓고는 그는 식탁 위에 엎드려 버렸다. 또 입 안으로 하나 짹짹한 물이 괴었다. 철호는 머리를 들었다. 음식점 안을 한 바퀴 휘 둘러보았다. 머리가 아찔했다. 그는 일어섰다. 그리고 문밖으로 급히 걸어 나갔다. 음식점 옆 골목에 있는 시궁창에 가서 쭈그리고 앉았다. 울컥 하고 입 안의 것을 뱉었다. 그러나 이번에는 주위가 어두워서 그것이 핀지 또는 침인지 알 수 없었다. 철호는 저고리 소매로 입술을 닦으며 일어섰다. 이를 뺀 자리가 쿡 한번 쑤셨다. 그러자 뒤이어 거기에 호응이나 하듯이 관자놀이가 또 쿡 쑤셨다. 철호는 아무래도 좀 이상하다고 생각했다. 이제 빨리 집으로 돌아가 누워야겠다고 생각했다. 그는 다시 큰길로 나왔다. 마침 택시가 한 대 왔다. 그는 손을 한번 흔들었다.

철호는 던져지듯이 털썩 택시 안에 쓰러졌다.

"어디로 가시죠?"

택시는 벌써 구르고 있었다.

"해방촌."

자동차는 스르르 속력을 늦추었다. 해방촌으로 가자면 차를 돌려야 하는 까닭이었다. 운전수는 줄지어 달려오는 자동차의 사이가 생기기를 노리고 있었다. 저만치 자동차의 행렬이 좀 끊겼다. 운전수는 핸들을 잔뜩 비틀어 쥐었다. 운전수가 몸을 한편으로 기울이며 마악 핸들을 틀러는 때였다. 뒷자리에서 철호가 소리를 질렀다.

"아니야, S 병원으로 가."

철호는 갑자기 아내의 죽음을 생각했던 것이었다. 운전수는 다시 핸들을 이쪽으로 틀었다. 운전수 옆에 앉아 있는 조수애가 한번 철호를 돌아다보았다. 철호는 뒷자리 한구석에 가서 몸을 틀어박은 채 고개를 뒤로 젖히고 눈을 감고 있었다. 차는 한국은행 앞 로터리를 돌고 있었다. 그때에 또 뒤에서 철호가 소리를 질렀다.

"아니야, X경찰서로 가."

눈을 감고 있는 철호는 생각하는 것이었다. 아내는 이미 죽었는데 하고. 이번에는 다행히 차의 방향을 바꿀 필요가 없었다. 그냥 달렸다.

"X경찰서 앞입니다."

철호는 눈을 떴다. 상반신을 번쩍 일으켰다. 그러나 곧 또 털썩 뒤로 기대고 쓰러져 버렸다.

"아니야, 가."

"X경찰섭니다, 손님."

조수애가 뒤로 몸을 틀어 돌리고 말했다.

"가자."

철호는 여전히 눈을 감고 있었다.

"어디로 갑니까?"

"글쎄 가."

"하 참 딱한 아저씨네."

"....."

"취했나?"

운전수가 힐끔 조수애를 쳐다보았다.

"그런가 봐요."

"어쩌다 오발탄(誤發彈) 같은 손님이 걸렸어. 자기 갈곳도 모르게."

운전수는 기어를 놓으며 중얼거렸다. 철호는 까무룩히 잠이 들어가는 것 같은 속에서 운전수가 중얼거리는 소리를 멀리 듣고 있었다. 그리고 마음속으로 혼자 생각하는 것이었다.

'아들 구실. 남편 구실. 애비 구실. 형 구실. 오빠 구실. 또 계리사 사무실 서기 구실. 해야 할 구실이 너무 많구나. 너무 많구나. 그래 난 네 말대로 아마도 조물주의 오발탄인지도 모른다. 정말 갈 곳을 알 수가 없다. 그런데 지금 나는 어디건 가긴 가야 한다.'

철호는 점점 더 졸려왔다. 다리가 저린 것처럼 머리의 감각이 차츰 없어져갔다.

"가자!"

철호는 또 한 번 귓가에 어머니의 소리를 들었다고 생각하며 폭 모로 쓰러지고 말았다.

차가 네거리에 다다랐다. 앞의 교통 신호등에 빨간 불이 켜졌다. 차가 섰다. 또 한 번 조수애가 뒤를 돌아보며 물었다.

"어디로 가시죠?"

그러나 머리를 꼭 앞으로 수그린 철호는 아무 대답이 없었다.

따르릉 벨이 울렸다. 긴 자동차의 행렬이 움직이기 시작했다. 철호가 탄 차도 목적지를 모르는 대로 행렬에 끼어서 움직이는 수밖에 없었다. 철호의 입에서 흘러내린 선지피가 흥건히 그의 와이셔츠 가슴을 적시고 있는 것은 아무도 모르는 채 교통 신호등의 파랑 불 밑으로 차는 네거리를 지나갔다.

• 작가 고유의 문체나 당시 쓰이던 용어를 그대로 살려 원문에 최대한 가깝게 표기하고자 하였다. 단, 현재 쓰이지 않는 말이나 띄어쓰기는 현행 맞춤법에 맞게 표기하였다.

<현대문학(現代文學)>, 1959





